JACINTO BENAVENTE

EL AUDAZ

ADAPTACIÓN ESCÉNICA EN CINCO ACTOS, DIVIDIDOS EN QUINCE CUADROS, DE LA NOVELA DE D. BENITO PÉREZ GALDÓS

Estrenada en el Teatro Español en la noche del 6 de diciembre de 1919.

Administración de las obras teatrales
de JACINTO BENAVENTE
Mesón de Paredes, 6 y 8, 2.º — Horas: de dos y media a cinco.
1920

EL AUDAZ

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

La Administración y representantes de Jacinto Benavente son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

JACINTO BENAVENTE

EL AUDAZ

ADAPTACIÓN ESCÉNICA EN CINCO ACTOS, DIVIDIDOS EN QUINCE CUADROS,
DE LA NOVELA DE D. BENITO PÉREZ GALDÓS

Estrenada en el Teatro Español en la noche del 6 de diciembre de 1919.

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1920

MADRID.—Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SUSANA	CARMEN MORAGAS.
DOÑA JUANA	LUISA CALDERÓN.
PEPITA	JOSEFINA ROCA.
DOÑA ANTONIA	CARMEN VALDEMORO.
LA PINTOSILLA	EMÉRITA ESPARZA.
DAMIANA	MARÍA BOIXADER.
DAMISELA	JOSEFA L. VELÁZQUEZ.
DOÑA VISITACIÓN	MARÍA FUENTES.
DOÑA BERNARDA	ENCARNACIÓN LARA.
ENGRACIA	CONCHA CASTAÑEDA.
LA NARANJERA	PILAR FERNÁN RUBIO.
UNA MUJER	MATILDE PALLARÉS.
MAJA	CELIA REINA BARRIOS.
DONCELLA	PURIFICACIÓN MARTÍNEZ.
MARTÍN	RICARDO CALVO.
LA ZARZA	FRANCISCO FUENTES.
DON LINO	DELFÍN JEREZ.
ALIFONSO	EMILIO MESEJO.
LEONARDO	JOSÉ ROMÉU.
ROTONDO	PEDRO GUIRÁU.
DON MIGUEL	RAFAEL CALVO.
MARQUÉS	RAMÓN PUGA.
SOTILLO	MANUEL GUTIÉRREZ.
DON FRUTOS	CARLOS VIAÑA.
PACO PEROL	FERNANDO PEINADOR.
DON NARCISO	ALFREDO CORCUERA.
POCAS BRAGAS	JOSÉ ARGÜELLES.
CRIADO	EMILIO BARREDA.
MAJO	JOSÉ CRESPO.

MAJAS, MAJOS, PETIMETRES, DAMISELAS Y PUEBLO

607874

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Habitación modesta.

ESCENA PRIMERA

ALIFONSO y después LEONARDO

ALIFONSO. *(Saliendo con una casaca, cantando.)*

Al hacer la mudanza
una bolera,
se le cayó una liga,
y era de seda.
Y al hacer otra,
se soltó la otra liga,
y era una soga.

LEONARDO. *(Saliendo.)* ¡Alifonso!...

ALIFONSO. Mi señor don Leonardo, ya tiene usted la casaca ¡que vamos!... Estos primores no los hace más que Alifonso; nuevecita, flamante. A un besamano de Palacio podría usted ir con ella. Por supuesto, si mi señora doña Visitación se entera del carbón que he consumido para plancharla..., y vaya si se enterará, y habrá que oírla; con la hincha que me tiene... ¿Qué le sucede, don Leonardo? ¿Está usted de mal humor?

LEONARDO. Ese don Lino, ese don Lino quedó en venir antes de las cuatro...

ALIFONSO. ¿Don Lino Paniagua? ¿El señor abate? ¡Jesús! Con las cosas que ese hombre trae siempre entre manos...

LEONARDO. Sí, pero es que hoy sólo debía pensar en mí; en que le espero y me desespero.

ALIFONSO. Ya, asuntos de usted; cortejo.

LEONARDO. No es cortejo; habla con modos.

ALIFONSO. Ya, ya sé que esto de ahora es amor de calidad... Usted perdone la mala costumbre... Sí que es hermosa la viudita.

LEONARDO. Han llamado; corre, será don Lino; corre... Sí, es él, por fin.

ALIFONSO. El mismo. Pase usted, mi señor don Lino, que le esperan a usted en ascuas. Aquí tiene usted al señor don Lino. Alégrese ese corazón.

LEONARDO. ¿Quieres dejarnos? *(Sale Alifonso.)*

ESCENA II

LEONARDO y DON LINO

LEONARDO. ¡Don Lino de mi alma!... ¿Qué hay? ¿La ha visto usted? ¿Ha hablado usted con ella? ¿Ha reventado doña Bernarda? ¿Reventará pronto? Eso es lo que más me interesa; mientras exista esa arpía y su consejero el padre Corchón...

D. LINO. Calma, amigo don Leonardo, calma. Es usted terrible. Cuánta ocupación, señor don Leonardo; es no vivir; yo no sé cómo atender a tantos encargos. Esta mañana fuí a buscar una nodriza para la señora de Valdecabras, que ha tenido que despedir a la que tenía porque les ha encanijado al niño. Al fin encontré una recién venida de la Montaña; me aseguraron que era muy buena, y en efecto...

LEONARDO. Pero ¿no me dice usted nada de...?

D. LINO. Ya hablaremos... Cinco horas andando sin parar. Tuve que comprar una cinta de un color de fuego apagado para una escofieta de doña Luisita. Después tuve que ir a ver al pintor que ha de hacer las decoraciones para el teatro del marqués de Castro Limón. Van a representar la *Ifigenia.* ¡Qué trajes, qué lujo! Yo haré el Ulises... También tuve que probarme la peluca Luis XIV. ¡Una preciosidad! Luego fuí a ver al prior de Porta Cœli, a ver si quería prestar los tapices de

la iglesia para una función que hacen las hermanas del Amor Hermoso en los Italianos. Después fuí a ver si los arrieros de Extremadura habían traído una galga que ha encargado el señor fiscal de la Rota... Al paso, unos amigos de la calle del Mesón de Paredes me obligaron a tomar unas copas: estaban de bautizo. Desde allí fuí a casa de la escofietera de doña Barbarita, para explicarle el corte que ha de dar al tocado de madama, que ha de estrenarlo el día de la boda de su prima. ¡Ay, no tengo piernas! Por más que me multiplico, no tengo tiempo para nada; no tengo tiempo...

LEONARDO. Sí, para todo, menos para lo que a mí me importa. ¿No habrá usted ido a casa de...?

D. LINO. Sí, señor; sí, señor.

LEONARDO. Pues no me atormente usted.

D. LINO. Tengo que darle a usted una buena noticia. Madama va el domingo a la Florida con algunos amigos y amigas, a pasar el día, a merendar bajo los árboles, a saltar y brincar al modo de la poesía pastoril... Quiere que vaya usted.

LEONARDO. ¿Yo? ¿Y si va su madre, doña Bernarda?...

D. LINO. Doña Bernarda no le conoce a usted más que de oídas... Y si no fuera usted solo, si le acompañara a usted algún amigo... Yo les presentaría a ustedes como a dos forasteros que vienen de visitar las cortes de Europa, y al llegar a Madrid me han sido recomendados para enseñarles cuanto hay en Madrid de curioso y darles a conocer en los estrados.

LEONARDO. Pues bien: iré, sí; casualmente ha llegado a Madrid y vive ahora conmigo un íntimo amigo mío, un hermano casi. Iré con él. Son tan pocas las ocasiones en que puedo comunicarme con Engracia... Y si no fuera su madre...

D. LINO. Sin ella no iría su hija. ¡Pobre madamita! Siempre tan triste.

LEONARDO. Porque ella quiere; por su falta de resolución, porque su cariño no es como el mío.

D. LINO. No diga usted. ¡La pobre! Si ella le quiere a usted, estima en lo que valen sus nobles sentimientos; pero usted conoce su situación. ¿Qué remedio? Esperar, esperar. Ayer me contaba lo que pasó la desdichada con su difunto esposo, y los dos lloramos. El guardia de Corps era un hom-

bre cruel. ¿No le ha contado a usted cuando la encerraba, teniéndola dos y tres días a pan y agua? Parte el corazón.

LEONARDO. Sí, ya sé. ¿Y a qué hora es el viaje a la Florida?

D. LINO. Por la mañana. Yo vendré por usted y por su amigo. Se divertirán ustedes; va Pepita la del corregidor, va doña Solomé Porreño, va la de Celleruelo...

LEONARDO. ¿La hija del conde de Celleruelo? ¿Susana?

D. LINO. Sí; ¿la conoce usted?

LEONARDO. No. Es que a mi amigo, al amigo que me acompañará, le ha traído a Madrid justamente un asunto con la casa de Celleruelo.

D. LINO. Tanto mejor; puedo presentarle a Susanita. No le arriendo la ganancia, porque más orgullosa y más desabrida... No puedo detenerme. Hasta el domingo; vendré muy temprano. Ya verá usted, ya verá usted. Día magno, día glorioso. Doña Bernarda se dormirá sobre la hierba apenas coma un bocado... Y ustedes..., el campo, la libertad que da el campo, el campo que da la libertad... Hasta el domingo, señor don Leonardo. Siempre suyo.

ESCENA III

DICHOS y MARTÍN

D. LINO. Servidor de usted.

LEONARDO. ¡Ah, Martín!... Espere usted, don Lino; voy a presentarle...

D. LINO. ¿Es, por casualidad, el amigo de quien me ha hablado usted?

LEONARDO. El mismo. Mi mejor amigo, Martín Muriel... Don Lino Paniagua, de quien ya te he hablado.

MARTÍN. Sí, sí, mucho gusto.

D. LINO. Me ha dicho don Leonardo que ha venido usted a Madrid por un asunto con la casa del conde de Celleruelo. Ya le dirá a usted su amigo que el domingo puede usted conocer a su hija.

MARTÍN. ¿A la hija del conde de Celleruelo?

LEONARDO. Sí; ya te diré...

D. LINO. Ya le dirá a usted su amigo... No puedo detenerme. Cuénteme en el número de sus amigos; basta

que lo sea usted de don Leonardo... Don Leonardo sabe cuánto le quiero... Muy servidor suyo. *(Sale D. Lino.)*

ESCENA IV

MARTÍN y LEONARDO

MARTÍN. ¿Quieres explicarme...? ¿Qué ha dicho ese abate ridículo, como todos los abates? ¿Que va a presentarme a la hija del conde de Celleruelo? Pero ¿es que ese hombre sabe...? ¿Es que tú le has dicho...?

LEONARDO. No sabe nada; yo sé que el domingo voy a ver a Engracia, a pasar con ella un dia entero... Tú vendrás conmigo, porque de este modo es más fácil alejar las sospechas de doña Bernarda, la madre feroz, que si sospechara que era yo..., yo el que hablaba con su hija...

MARTÍN. Pero nada de eso tiene que ver conmigo, y mucho menos con la hija del Conde.

LEONARDO. Es que todo ello será en una fiesta campestre, y a esa fiesta irá también Susana, la hija del conde de Celleruelo, y allí puedes conocerla, puedes hablarla, sin que ella sepa quién eres.

MARTÍN. Eso sí; sin que ella sepa... ¡Si oyera mi nombre!... Ella puede que lo oyera impasible; ni me odiará siquiera, como yo la odio sin conocerla, sólo por ser hija de su padre, sólo por ser de la raza abominable de los Celleruelos, verdugos de mi padre, inquisidores de mi familia, de los que han deshonrado mi nombre, de los que fueron causa de la muerte de mi madre.

LEONARDO. ¡Pobre amigo mío! Sí que tienes razón para aborrecer a esa familia.

MARTÍN. Por ellos aborrezco a la Humanidad; por ellos me parecería poco destruir el mundo.

LEONARDO. Eso no, Martín; que en el mundo estoy yo, y está ella, la criatura más adorable del mundo.

MARTÍN. Feliz tú, que con tus amoríos y tus cortejos pasas la vida alegre y despreocupado de todo; para ti no hay dolores de la Humanidad ni desventuras de la patria.

LEONARDO. Bien sabes que como tú en un tiempo... ¿Recuerdas los días de Sevilla, cuando nuestra amistad

nació al calor de las mismas generosas ideas que en los dos alentaban? Llegaban de Francia las sacudidas de su revolución; éramos muchos los jóvenes que soñábamos..., soñábamos con otra igual para España; la realidad se encargó de apagar nuestro entusiasmo.

MARTÍN. Yo tengo la misma fe; yo espero siempre; yo estoy siempre dispuesto a luchar y a morir.

LEONARDO. Sí, porque tienes un odio; un odio vale más que una idea: las ideas, sin una pasión que las aliente, no valen nada.

MARTÍN. ¿Un odio dices? No; es amor, amor infinito de justicia.

LEONARDO. Que no sentirías si la vida hubiera sido para ti fácil y gustosa.

MARTÍN. Pues si así fuera, ¡bendito todo el dolor de mi vida, bendita la injusticia que me ha perseguido a mí y a los míos, si por ella soy capaz de rebelarme contra toda injusticia! Si el ser dichoso ciega el entendimiento, no quiero alegría en la ceguedad. Venga el dolor, y el dolor sin resignación, el dolor que interroga y se rebela siempre, el dolor fecundo, el dolor que cuando pone más odios en nuestro corazón y quisiera destruirlo todo, a pesar suyo, crea...: que según está el mundo y según son los hombres, destruir ya es mejorarlo en algo.

LEONARDO. ¡Ay, Martín!...¡Si estuvieras enamorado como yo!...

MARTÍN. ¿Tú enamorado?

LEONARDO. Sí, sí; esta vez es amor... ¡Si conocieras a Engracia, la criatura más angelical!... Con ella sería tan dichoso... Yo también, como tú, soñaba, tenía fe y entusiasmo. Pobre segundón de linajuda familia, ¿a qué podía yo aspirar? Yo hubiera querido, como tú, revolucionar el mundo; pero ¿qué puede uno solo? Tú has tratado como yo a nuestros revolucionarios. ¿Qué hemos visto en ellos? El egoísmo, las mismas pasiones mezquinas que aparentan combatir. Pequeñez siempre; cuestión de nombres y de personas; las ideas grandes y generosas les asustan... Dejemos el mundo como está, y vivamos al aire de las horas. ¿Qué hay de tu asunto? ¿Viste ya a ese señor Rotondo a quien venías tan recomendado por tu buen amigo fray Matamala?

MARTÍN. No, aún no he podido verle; en su casa no está

nunca o le niegan siempre. Parece que es un hombre misterioso que conspira y se esconde. Le he dejado la carta de fray Matamala, y espero me contestará.

ESCENA V

DICHOS y DOÑA VISITACIÓN; luego ALIFONSO

D. VISIT. ¿Quién se ha dejado abierta la puerta? Nos robarán el mejor día. Alifonso habrá sido; Alifonso, ese condenado, ese castigo mío.

LEONARDO. No se sulfure, doña Visitación; fuí yo, al despedir a don Lino, quien se olvidó de cerrar la puerta.

D.ª VISIT. También está usted bueno; con la cabeza a pájaros, o a damiselas, que no son malas pájaras; y menos mal cuando son damiselas y no son de más baja estofa. ¿Quién ha encendido la lumbre? ¡Alifonso!... Ya estará con el planchado de su ropa de usted. Así me gasta el carbón, y así quieren ustedes que yo no les pida dinero...

LEONARDO. Vamos, doña Visitación, espejo de amas de gobierno, no sea usted cicatera.

D.ª VISIT. ¡Alifonso, Alifonso; ven acá, condenado! *(Entra Alifonso.)*

ALIFONSO. Mi señora doña Visitación...

D.ª VISIT. ¿No te he dicho que no me enciendas la lumbre para nada? No hay quien me quite de la cabeza que eres el mismo demonio encarnado, para condenación mía; sí, sí, eres un espíritu malo.

ALIFONSO. ¡Pero mi señora doña Visitación!...

D.ª VISIT. ¡Quita, quita! Entre tú y don Leonardo, y por contera el amiguito...

MARTÍN. ¿También yo, doña Visitación?

D.ª VISIT. Usted es el menos malo; pero también de la cáscara amarga. ¿Creerá usted que no le he conocido? Herejote como su amigo, con ideas de allá, de Francia, metidas en la cabeza. ¡Ay, si la Santa Inquisición fuera lo que debía, como en otros tiempos! Pero todo está relajado. ¡Ese Godoy de mis pecados..., y de los pecados de otras que pican más alto!... Dios me perdone. *(Sale.)*

ALIFONSO. Es mucha doña Visitación. Conmigo la tiene to-

mada, ¿y saben ustedes por qué? Fué una diablura. Ya saben ustedes que el difunto de doña Visitación tocaba el violín que daba gloria oírle, según dicen los que le oyeron; y el recuerdo de más estima para la viuda es el violín del difunto. Un día le regalaron un jamón extremeño legítimo. Doña Visitación lo puso a la lumbre en una cacerola, y a mí no se me ocurrió cosa mejor que llevarme el jamón y poner en su lugar, ¿qué dirán ustedes?, el violín del difunto. ¡Cuando no me mató aquel día!...

MARTÍN. Comprendo su indignación.

ALIFONSO. Desde entonces no hay quien le saque de la cabeza que yo tengo los malos en el cuerpo, y que soy el mismísimo demonio colorado.

LEONARDO. Encarnado te dice.

ALIFONSO. Encarnado y colorado, ¿no es lo mismo? Ello es que siempre estamos de pelotera. Eso sí; no me despide porque otro Alifonso que guise, y planche, y cosa, y sepa de peluquero, y de sastre, y de zapatero, y le cuente todo lo que pasa en la vecindad y en Madrid..., ya lo sabe ella...

LEONARDO. Sí; ya lo sabemos todos que eres inaguantable, por lo mismo que eres preciso... ¡Calla, han llamado!

ALIFONSO. La campanilla no ha sonado.

LEONARDO. No; han llamado con la mano, como con misterio. Mira quién es.

ALIFONSO. *(Dentro.)* Sí, señor; aquí es... Sí, está en casa. *(Entra.)* Señor don Martín: un caballero pregunta por usted. Dice que es amigo del padre Matamala... No ha querido decir su nombre.

MARTÍN. ¡Ya ha parecido mi hombre! Que pase en seguida.

LEONARDO. Te dejo con él. Nos veremos en la botillería, ya sabes.

ALIFONSO. *(Dentro.)* Por aquí es; sí, señor...

LEONARDO. Hasta luego entonces.

MARTÍN. Hasta luego.

ESCENA VI

MARTÍN y ROTONDO

ROTONDO. Mi buen amigo, el reverendo fray Jerónimo de Matamala, me habla largamente de usted en su carta. Aquí estoy para servir a usted en lo que

pueda. Conozco la historia de sus desdichas, las de su padre de usted, antiguo administrador en la casa del señor conde de Celleruelo; conozco las infamias cometidas con él, de las que no me atrevo a culpar al señor Conde. El señor Conde ha estado siempre rodeado de personas interesadas en malquistarle con su padre de usted; la hija del Conde, Susanita, se criaba delicaducha; había personas que ya pensaban en heredar el patrimonio y los títulos de la casa de Celleruelo. Su padre de usted fué la primera víctima de esta camarilla. Cuando el conde de Celleruelo sostenía un litigio, en que su padre de usted le representaba...

MARTÍN. Sí; le acusaron de haber hecho desaparecer un documento que era la mejor prueba en favor de los derechos del Conde. Mi padre fué procesado, encarcelado y en la cárcel acabó su vida. Mi madre había muerto antes de desesperación, de tristeza, y mi padre era inocente, era un hombre honrado, usted lo sabe, y el Conde debía saberlo...; lo sabe también...

ROTONDO. Acaso. Y lo que pretende usted ahora, ¿qué es?

MARTÍN. Que el conde de Celleruelo me pague cierta cantidad que a mi padre debía desde antes de su prisión. El proceso nada tiene que ver con esta deuda de cantidades que mi padre había anticipado al Conde.

ROTONDO. Ya, ya sé...

MARTÍN. No creo que se me niegue ahora. Me han dicho que el Conde reside habitualmente en Alcalá; yo iré a verle, y espero conseguir...

ROTONDO. El Conde está muy enfermo y dominado por la melancolía. La separación de su hija, más aficionada a la vida bulliciosa de Madrid que a las soledades de Alcalá, le contraría mucho. Si usted pudiera lograr la protección y la recomendación de su hija...

MARTÍN. Me han dicho que es el ser más orgulloso y despótico que ha nacido...

ROTONDO. Algo peor: es cruel; fáltale la delicada sensibilidad propia de su sexo, y su trato desagrada a cuantos la rodean.

MARTÍN. Entonces, ¿qué puedo esperar de ella?

ROTONDO. Sí, poco puede esperarse. Mientras haya privilegiados que puedan oprimir y esclavizar... Por fortuna, los privilegios se han de acabar aquí

como en Francia, y, o mucho me equivoco, o ese día no está muy lejos. ¿Le sorprende a usted oírme? No hablo yo así con todo el mundo; con usted ya sé que puedo hablar, que podemos contar con usted.

MARTÍN. Yo me hallo en una situación muy especial, y tengo razones muy positivas para aborrecer muchas cosas y a muchas personas.

ROTONDO. Usted será, por lo tanto, hombre de acción. Ya ve usted cómo está el mundo..., esta desdichada patria nuestra; sin embargo, hay que esperar; ese amado príncipe es una esperanza... Me siguen, me espían por todas partes; no puedo dar un paso. Es preciso que nos veamos en otro sitio; en mi casa..., en cierta casa. Mañana, a las diez, en la calle de San Opropio, núm. 6. ¿Nos veremos? Le espero a usted.

MARTÍN. Sí, sin falta iré.

ROTONDO. Pues adiós. Hasta mañana. Creo que podremos entendernos.

MARTÍN. Hasta mañana.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Habitación muy pobre.

ESCENA PRIMERA

MARTÍN y UNA MUJER

MUJER. *(Dentro.)* ¿Por quién pregunta usted?... ¿El señor de Rotondo, don Buenaventura?... No está. Suba usted por aquí. *(Entrando, seguida de Martín.)* Sí, señor; pase usted.

MARTÍN. Me ha dicho que estaría aquí a las diez. ¿Volverá pronto?

MUJER. Qué sé yo. Pero puede usted esperar, si le ha dicho a usted que viniera... Ahí está el tío Robispier.

MARTÍN. ¿El tío Robispier?... ¿Y quién es ese hombre?

MUJER. Le decimos así porque no se le cae de la boca ese nombre: Robispier... Como está mal de la cabeza...

MARTÍN. ¿Loco?...

MUJER. Embrujado; de cuando estuvo allá en París de Francia, cuando la revolución que dicen que hubo. Si usted viera..., antes era un santo varón. Si sale por aquí no tenga usted miedo; no hace daño. Hoy le toca escribir y no levantará cabeza de sus garabatos. ¡Pobre señor de La Zarza! Yo conocí a su esposa allá por los años...; era rey don Carlos III. El era muy amigo de mi difunto, que murió en la guerra del Rosellón... Bueno, ahí se queda usted. Ya digo: si al loco le diera por salir, no tenga usted miedo. Aunque no habla más que de matar y de cortar cabezas, es muy pacífico. No tenga usted miedo. *(Sale.)*

ESCENA II

MARTÍN; después LA ZARZA

MARTÍN. Extraña locura.

LA ZARZA. *(Dentro.)* ¡Eh! ¿Quién va? ¿Quién anda ahí? *(Sale.)* ¡Ah! ¿Eres tú, Saint-Just? No puedo descansar; este informe ha de estar concluído dentro de dos horas. No hay más remedio; es preciso que se acabe el Terror, y el Terror sólo se acabará sacrificando a todos los malos ciudadanos. Quedan muchos traidores. Todos irán a la guillotina.

MARTÍN. ¿Y qué es lo que escribe usted?

LA ZARZA. El informe. Robespierre lo lee mañana en la Convención. Vendrá pronto por él y aún no está terminado. ¿No irás esta noche a los Jacobinos?

MARTÍN. Sí, pienso ir. Y tú, ¿irás?

LA ZARZA. ¿Pues no he de ir? Hay que salvar a Robespierre, concederle el Poder supremo. ¡El Poder supremo!

MARTÍN. Vamos, no escriba usted más; descanse usted.

LA ZARZA. No, no puedo descansar. Es preciso organizar la República tomando por base la justicia que emana del Ser Supremo... Pero antes hay que enviar a muchos a la guillotina. ¡Infame Tallin, infame Collot! ¡Traidores todos! ¡A la guillotina!

MARTÍN. ¿Más sangre? ¿Todavía crees que no se ha derramado bastante?

LA ZARZA. No, aun falta, aun falta. Cuando M. Veto pereció en la guillotina se creyó que bastaba; pero no, hay que matar, hay que matar todavía...

MARTÍN. ¿Te acuerdas tú de Luis XVI..., de M. Veto?...

LA ZARZA. ¿Si me acuerdo? Yo entré en las Tullerías el 29 de junio. ¡Hermoso día! Derribamos las puertas del Palacio, invadimos las galerías... La multitud no podía expresar lo que sentía al ver reproducidos en los espejos del Palacio de los Reyes de Francia sus caras hambrientas, los jirones de sus harapos; al oír repetido en la concavidad de los salones suntuosos el eco de sus voces rudas, que entonaban en discordante algarabía un himno de rugidos más que de palabras; el himno de sus agravios satisfechos, de su secular injuria vengada; la plebe entraba allí por primera vez y no entraba como esclava, entraba como señora; no iba a pedir, iba a mandar... Y la plebe reía, reía, y su algazara al resonar bajo los ricos artesonados de oro parecía la expresión de venganza de los siglos, la gran carcajada de la Historia, que así se burla de los más orgullosos poderes de la tierra.

MARTÍN. Eso sí; todas las injusticias, todos los agravios, toda la miseria de tantos siglos estaban vengados... Hubiera querido estar allí.

LA ZARZA. ¡Yo estuve, yo estuve! Los sentimentales dirán que aquello fué una profanación salvaje, se llenarán de horror y cerrarán los ojos al recordar los innobles vestidos de la muchedumbre, los aullidos, la hediondez, la insolente apostura de aquella gente desenfrenada... Los sentimentales clamarán al cielo y dirán: ¡Plebe soez, canalla, gentuza mal nacida!... ¡Pero era hermoso, era grande!... ¡Ah, malvados, verdugós del pueblo, le habéis considerado durante siglos como traílla de esclavos; os habéis enriquecido a sus expensas, guardándole menos consideración que a vuestros caballos y a vuestros perros de caza y a vuestros halcones; habéis formado una casta privilegiada rodeada de inmunidades, de garantías, de riquezas, y queríais perpetuarla vinculando en ella todo el poder de las naciones! ¿Creéis que no hay más vida que la vuestra? No, la guillotina

funcionando día y noche no bastaría a vengar al mundo de tanta injusticia. ¡Robespierre, aun quedan muchos; mata, mata sin cesar!... No puedo, no puedo; estoy rendido.

MARTÍN. Sigue, sigue.

LA ZARZA. No, no. *(Entra Rotondo.)*

ESCENA III

DICHOS y ROTONDO

LA ZARZA. ¡Ah! ¿Eres tú, Robespierre? ¿Eres tú?

MARTÍN. ¿Eh?

ROTONDO. Sí, yo soy. ¿Me esperabas?

LA ZARZA. No tiembles. Coge con mano fuerte el Poder, que está entre las uñas de una Asamblea envilecida... Es preciso un esfuerzo más; la guillotina espera las últimas víctimas.

ROTONDO. Sí, sí; ya hablaremos. Descansa ahora, ve.

LA ZARZA. El pueblo te adora; no temas... ¡Sangre aún, más sangre! *(Salen La Zarza y Rotondo, y a poco vuelve este último.)*

ESCENA IV

MARTÍN y ROTONDO; al final, LA ZARZA, dentro.

ROTONDO. ¿Se ha asustado usted, o le han entretenido las locuras del pobre La Zarza?

MARTÍN. Me ha conmovido, no puedo negarlo. Me ha contado varias cosas con una elocuencia..., con un calor...

ROTONDO. Sí, no disparata más que cuando escribe.

MARTÍN. Y este hombre, ¿quién es?

ROTONDO. Su historia sería larga de contar.

MARTÍN. Pero, en efecto, ¿ha presenciado los sucesos que refiere?

ROTONDO. Ya lo creo; todos. Fué a Francia con Cabarrús. Era hombre de talento y de gran imaginación. Fué también amigo de Robespierre, a quien sirvió lealmente mientras el uno tuvo razón y el otro vida. Furibundo jacobino, fué encerrado du-

rante las últimas persecuciones del Terror, y esperaba la muerte todos los días. La larga prisión, el pavor que le infundía la guillotina, trastornaron su razón... Unos españoles le trajeron acá, y en esta casa vive hace diez años.

MARTÍN. Es interesante la historia.

ROTONDO. Pero dejemos esto y hablemos de nuestras cosas. Fray Jerónimo de Matamala me dice que es usted un hombre de ideas muy arraigadas. ¿Desea usted hacer fortuna?

MARTÍN. Nunca he sido ambicioso. Mi único deseo sería que mi patria se transformara por completo, que cambiara su antigua organización por otra más en armonía con la edad en que vivimos.

ROTONDO. Eso es lo que yo deseo también. Pero usted será de los que quieren llevar la cosas a sangre y fuego.

MARTÍN. Es difícil, antes de hacer las revoluciones, pensar cómo se han de hacer.

ROTONDO. Bien dicho. Pero ¿usted no cree que la astucia vale más que la fuerza?

MARTÍN. Si usted quisiera echar al suelo esta casa, ¿emplearía la astucia? La astucia no sirve de nada cuando es preciso destruir.

ROTONDO. Pero es que los enemigos son terribles, y atacándoles de frente hay el peligro de ser derrotados. En cambio, por otros medios... Hay un partido que desea esa transformación de que usted habla, un partido numeroso... Supongamos que ese partido lograra apoderarse de las riendas del Estado, y después...

MARTÍN. ¡Qué ilusión! Aquí no se apoderan de las riendas del Estado más que los guardias de Corps cuando han caído en gracia de alguna elevada persona. Con el absolutismo no hay salvación posible.

ROTONDO. Es usted atrevido; pero así me agrada. Creo que está usted llamado a figurar. Hay hombres dispuestos a esa transformación que todos deseamos. Ya comprenderá usted que el primer obstáculo es ese miserable favorito que nos deshonra y nos arruina. Usted debe saber que hay un príncipe de grandes esperanzas, que merece el respeto y el amor de todos. Es preciso acelerar el reinado del príncipe.

MARTÍN. ¿Es eso todo? ¡Bah! Lo de siempre: personas, nombres. ¿Qué más da Carlos que Fernando? ¿Es

esa toda la conjuración, simplemente para quitar al que nos gobierna y poner a otro quizás peor? ¿No hay en eso ninguna idea política, ningún plan de reformas?

ROTONDO. Eso después se vería... Empecemos por lo que importa. ¿No le entusiasma a usted la idea de ver por tierra al célebre Manuel?

MARTÍN. No, esa idea por sí sola no me entusiasma.

ROTONDO. Usted sueña con un cataclismo; pues lo habrá; se puede unir el nombre de Fernando a una idea de reformas, de libertades, si usted lo quiere así.

MARTÍN. Bien; pero todo hombre que toma parte en una conjuración debe saber el objeto de ésta. Si hay personas decididas que trabajan para derribar a Godoy y para hacer aceptar al nuevo rey una Constitución, yo soy de ésos; si sólo se trata de servir mezquinas ambiciones, de trastornar al país sin beneficio alguno...

ROTONDO. Estoy seguro de que no le pesará a usted seguir mis consejos.

MARTÍN. Si usted me entera con más franqueza de ciertos pormenores; si usted me dice qué personas altas o bajas se interesan en la misma causa...

ROTONDO. Me pide usted demasiado; aún no puedo tener en usted tanta confianza... En fin, si hoy no puedo decirle a usted nada, no quiere decir que otra vez... Aun hemos de vernos... ¡Ah!, recuerdo que usted desea que le recomiende al señor conde de Celleruelo. Así lo haré, por mediación de su hermano, gran amigo mío y persona que... Ya hablaremos; aun espero convencerle a usted. Usted quisiera ir demasiado lejos; no hay que soñar demasiado. No le detengo más por hoy. ¿Nos veremos?

MARTÍN. Cuando usted desee.

ROTONDO. Salga usted por aquí; no tiene usted que pasar por el patio.

LA ZARZA. *(Dentro.)* ¿Quién va? ¿Quién entra?

ROTONDO. Soy yo; Robespierre... Tranquilízate; iremos a la Convención, triunfaremos.

LA ZARZA. Sí, sí; hay que matar, matar todavía. ¡Todos a la guillotina; todos a la guillotina!

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

La Florida.

ESCENA PRIMERA

DOÑA BERNARDA, DON LINO y DON NARCISO

D.ª BERN.ª Déme usted el brazo, don Lino, que no puedo dar un paso. Este diablo de zapatero, y Dios me perdone la mala palabra... Y usted me lo recomendó como el mejor de Madrid...

D. LINO. Esa fama goza, nadie puede negarlo, para hacer calzado de gusto.

D.ª BERN.ª ¿Le parece a usted que es de gusto el que yo tengo ahora?... ¡Ay!, ha sido ocurrencia la de estas niñas traerme a mí a estas fiestas de campo. Y usted, Pluma, ¿qué hace ahí como un niño del Limbo? ¿Para eso se ha vestido usted de majo? ¿No ve usted cómo charla Engracia con uno de esos forasteros que nos ha presentado don Lino? Y Susanita con el otro. Sí que nos ha traído una gentecita el bueno de don Lino...

D. LINO. Son dos personas de distinción, que han corrido el mundo, que tienen mucho que contar.

D.ª BERN.ª Sí, sí; dos herejotes; no hay más que oírlos; hablan con una libertad, con una falta de respeto de las cosas más santas... Vaya usted, Pluma, vaya usted. No consienta usted que Engracia hable con ese hombre.

D. NARC.º ¿Y si me coge Pepita Sanahuja por su cuenta? Hoy está más bucólica que de costumbre.

D. LINO. ¡Calle usted! Yo he tenido que hacer tan pronto de zagal como de borrego. Pero aun es peor que le coja a uno doña Antonia, la de Gibraleón, con su manía de haber intervenido en todos los sucesos de sus tiempos. Cuando Floridablanca me dijo; cuando Campomanes me consultaba.

D.ª BERN.ª ¡Por Dios, no murmuren ustedes! La de Gibraleón es una señora respetable. Aquí viene con el Marqués. Tráiganme ustedes a Engracia.

D. LINO. Vamos en busca de esas madamas. *(Salen D. Lino y D. Narciso.)*

ESCENA II

DOÑA BERNARDA, DOÑA ANTONIA y el MARQUÉS

D.ª ANTO.ª ¿Y usted cree que tendremos guerra con el inglés?

MARQUÉS. Están los negocios en tales manos...

D.ª ANTO.ª Mientras subsistan los Tratados que ha firmado Godoy con Bonaparte, estaremos con un pie en la paz y otro en la guerra. ¿Quiere usted que le diga mi opinión? Pues España debía entenderse con Pitt y unirse a Inglaterra.

MARQUÉS. No me hable usted del inglés; ése es peor que todos.

D.ª ANTO.ª Sin embargo, Albión es un país poderoso, y los ingleses, muy buenos hombres de Estado. Mi marido tenía muy buenas relaciones con Pitt y con Burke, y yo misma...

D.ª BERN.ª Por Dios, doña Antonia, dejemos que se entiendan allá en París y en Francia y no vengan a revolvernos, que aquí estamos muy bien sin batallas.

ESCENA III

DICHOS, ENGRACIA, PEPITA, D. LINO y D. NARCISO

PEPITA. ¿Hay nada comparable a la hermosura del campo? Y eso que aquí no vemos más que un mal remedo de los prados frescos y alegres de que hablan Garcilaso y Villegas. Aquí ni ovejas con sus corderos saltones y tímidos, ni pastores engalanados y discretos, ni arroyos que van besando los pies de las flores, ni dulce son de los caramillos repetido por la selva.

ENGRACIA. Yo creo que es preciso tomar una determinación.

PEPITA. ¿Cuál?

ENGRACIA. Prohibir que se hable de cosas pastoriles. Si nos vas a empalagar todo el día con tus zagales y tus recentales y tus arroyuelos...

PEPITA. ¡Ay, hija! Vuestro prosaísmo tiene disculpa allá en las casas de Madrid; pero aquí, en presencia

de la Naturaleza, debajo de estos árboles frondosos, no sé cómo no os dan ganas de exclamar:

Mira, Delio, yo tengo un corderillo
cuya madre, al dejarle en un tomillo,
murió de un accidente no esperado;
apliquéle a otra oveja...

ENGRACIA. ¡Jesús, esto no se puede soportar!
D. LINO. Ya tenemos el pastoreo en campaña.
D.ª BERN.ª ¡Engracia, Engracia!...
ENGRACIA. ¿Qué me quieres, mamá?
D.ª BERN.ª No vuelvas a separarte de mí; no quiero que cotorrees con esos señores que no conocemos.
ENGRACIA. Son muy agradables.
D.ª BERN.ª Sí, ya veo que a ti y a Susanita os han caído en gracia.
D.ª ANTO.ª A mí me parece que han de estar muy contaminados de las perversas ideas de la Revolución. ¿Qué opina usted, Marqués?
D. NARC.º En verdad, Engracia, que yo no sé qué pensar de tantas esquiveces. No hay hombre más desgraciado; anoche no hubo desaire que no me hiciera usted en casa de Porreño.
ENGRACIA. ¿Sí? Pues no había reparado.
D. NARC.º Es que alguien ha interesado ese corazón, que para mí es de roca y para otro de alcorza. ¿Es cierta mi sospecha?
ENGRACIA. Podrá ser.
D. NARC.º ¿Y ese pago merecen mis desvelos, el constante y religioso amor que...?
ENGRACIA. Don Lino, don Lino...
D. LINO. Madamita, ¿qué me quiere usted?
ENGRACIA. ¿Lleva usted el olor de azahar?
D. LINO. ¿Cómo podía olvidárseme? Este es clavel, este jazmín, este..., aquí está el azahar.
ENGRACIA. ¿Ha traído usted las pastillas?
D. LINO. ¿Las quiere usted de fresa, de rosa, de goma o de membrillo?
ENGRACIA. De rosa.
PEPITA. *(A D. Narciso.)* Pluma, ¿le gusta a usted la poesía pastoril?

¿Cómo, Dalmiro, tanto has retardado
tu vuelta a la majada,
que aguardándote estoy desesperada?

Sin dueño, tus terneros
por las vegas y oteros
descarriados braman...

ENGRACIA. Don Lino, soy muy feliz; he hablado con él.
D. LINO. Sí, pero cuidado, prudencia; doña Bernarda está muy recelosa; yo creo que sospecha.
ENGRACIA. ¡Qué vida la mía, señor don Lino! Acompáñeme usted. He quedado en bailar con él un minué.
D. LINO. Espere usted; doña Bernarda no nos pierde de vista.
PEPITA. Don Lino...
D. LINO. Esta es otra.
PEPITA. Vamos a recitar aquella égloga.
D. LINO. Sí, sí; pero allí junto a la fuente es más propio escenario.
PEPITA. Sí, sí; cabe la fuente.
D. LINO. Acompáñenos usted, Engracia.
D.ª BERN.ª Engracia, no te separes de mí.
ENGRACIA. Si es que...
D. LINO. No tenga usted cuidado, doña Bernarda; vamos de pastores. *(Salen Engracia, Pepita y D. Lino.)*
D.ª BERN.ª Vaya usted también, don Narciso. ¡Jesús, qué majagranzas de hombre! Luego se queja usted de que no adelanta un paso.
D. NARC.º Si me desprecia, si me odia... ¡Infeliz de mí! *(Sale.)*
D.ª ANTO.ª Pero, Marqués, ¿no ve usted a Susana? No ha bailado más que con el forastero y no deja de hablar con él.
MARQUÉS. Ya conoce usted a Susana.
D.ª ANTO.ª Mire usted, aquí viene con él, como si le hubiera tratado toda la vida... Luego dicen que es orgullosa.
MARQUÉS. Es que ella pone su orgullo en hacer siempre su voluntad, a despecho de todos.

ESCENA IV

DICHOS, SUSANA y MARTÍN

SUSANA. ¿Qué hacen ustedes aquí?
D.ª ANTO.ª No estorbar; como nadie nos hace caso...
SUSANA. Pues Salomé Porreño pregunta por ustedes. Pepita y don Lino van a recitar una égloga y después cantará don Narciso el *Pria che spunti...*

D.ª BERN.ª Qué manía de cantar en inglés.

D.ª ANTO.ª No es sino italiano. Mi padre alcanzó a Farinelli y decía que era una cosa... ¡Ah!

MARQUÉS. ¿Quieres pastillas de rosa o de fresa, Susana?

SUSANA. No quiero sino de limón.

MARQUÉS. De limón no he traído, hija...

SUSANA. Nunca tiene usted lo que deseo; no puedo fiarme de usted para nada.

MARQUÉS. Desde hace mucho tiempo estoy convencido de que no podré agradarte nunca.

SUSANA. Es posible.

MARQUÉS. ¿Han oído ustedes? Se complace en mortificarme.

D.ª ANTO.ª Yo no sé cómo tolera usted tantos desprecios. Déme usted el brazo. Créame usted, no conseguirá usted nada si no mortifica su orgullo. Vamos, doña Bernarda; se ve que Susanita quiere estar sola.

D.ª BERN.ª Como ustedes gusten. Vamos allá... ¡Ay, mis zapatos! *(Salen D.ª Antonia, D.ª Bernarda y el Marqués.)*

ESCENA V

SUSANA y MARTÍN

MARTÍN. ¿Quién es ese hombre ridículo?

SUSANA. Uno de los primeros galanes de la Corte; un joven del mejor gusto.

MARTÍN. ¿En qué se ocupa?

SUSANA. ¿En qué se ocupa? Es rara pregunta; en nada. ¡Pues qué!, ¿las personas de etiqueta necesitan ocuparse en algo?

MARTÍN. Es que para mí no hay nada más despreciable que estos petimetres ociosos; los aplastaría como se aplasta a un bicho molesto.

SUSANA. No habla usted más que de destruir y de aplastar. Es usted una fiera.

MARTÍN. No; pero la frivolidad de estos preciosos ridículos me irrita. Yo soy así; aborrezco con mucha violencia, no puedo negarlo.... Hay gentes que debieran desaparecer de la sociedad.

SUSANA. Pues va usted a quedarse solo. ¿Y se detiene usted en Madrid para algún negocio? ¿Va usted a permanecer mucho tiempo?

MARTÍN. Sí, tengo un asunto que arreglar. Ya otra vez estuve con una pretensión parecida y nada logré.

SUSANA. ¿Pretende usted algún destino en Palacio?

MARTÍN. No; no pretendo ningún destino. Sólo aspiro a que se me pague una deuda; dos debieran pagarme: una de dinero y otra de honor.

SUSANA. Las dos deben interesarle a usted mucho.

MARTÍN. A mi padre le debía cierta persona una cantidad; mi padre ha muerto y vengo a cobrarla.

SUSANA. No le será difícil.

MARTÍN. Sí es difícil. Necesito recomendaciones y amistades.

SUSANA. Tal vez yo pueda recomendarle. ¿Quién es la persona?

MARTÍN. El conde de Celleruelo.

SUSANA. Yo soy su hija.

MARTÍN. ¡Ah!... ¿Es usted su hija?...

SUSANA. ¿No lo sabía usted? Creí que al presentarnos...

MARTÍN. No puse atención.

SUSANA. Y usted, ¿quién es?

MARTÍN. Yo soy hijo de aquel que fué encerrado en la cárcel de Granada por la maldad y la envidia de amigos y familiares oficiosos de la persona a quien mi padre sirvió siempre con lealtad acrisolada, y tan mal estimó sus servicios. Hemos padecido mucho.

SUSANA. ¿Usted es hijo de Muriel?

MARTÍN. Sí, yo soy. Cuando mi padre estaba preso, en vano supliqué al señor a quien servíamos que fuera indulgente y bondadoso con mi padre, que no merecía ser tratado como un criminal... Nada conseguí. Ustedes han sido tan crueles con mi padre, con todos nosotros, que..., perdone usted, usted no puede tener culpa; yo sé que si usted hubiera sabido antes..., usted no hubiera consentido nunca...

SUSANA. ¡Basta! ¿Qué farsa es ésta? ¿Cómo podía figurarme que usted era...?

MARTÍN. Dígalo usted...

SUSANA. Ya sabía yo que tenía usted el arte de embaucar a las gentes. En mi casa se sabía que era usted digno hijo de su padre. ¿Cómo ha tenido usted valor para hablarme? Es preciso no tener idea de los respetos sociales para atreverse... Sólo ocultando su nombre, sólo cubriéndose con la apariencia de persona... ¡Es indigno!... ¡Usted me conocía!

MARTÍN. Sí; y si supiera usted mi satisfacción viéndola a usted a mi lado, hablando familiarmente conmigo...

SUSANA. ¡Basta!...

MARTÍN. ¿No es verdad que en el mundo se ven cosas muy extrañas?

SUSANA. ¡Haga usted el favor de retirarse! Cuando una dama se ve insultada por un hombre irrespetuoso que así olvida su clase y se burla de las personas a quienes debe el pan que ha comido...

MARTÍN. ¿Burlarme? No; yo no me burlo de esas personas; las detesto o las desprecio.

SUSANA. Su padre de usted falsificaba documentos y hacía desaparecer fondos ajenos, pero no insultaba a las personas de quien dependía; usted une a la maldad de su padre la desvergüenza y la arrogancia; felizmente, ya no es usted nuestro criado; puede usted buscar otros amos a quien engañar e insultar al mismo tiempo. *(Sale.)*

MARTÍN. ¡Raza de Caínes!... Yo sabré vengarme de tu padre y de ti.

ESCENA VI

MARTÍN y LEONARDO

LEONARDO. ¿Dónde vas? ¿Qué te sucede?

MARTÍN. ¡Vamos, vamos de aquí! Esa mujer sabe ya quién soy; se lo dirá a toda esa gente; estamos descubiertos.

LEONARDO. ¡Estamos perdidos!... Cuando doña Bernarda sepa... ¿Qué has hecho, Martín, qué has hecho?

MARTÍN. He humillado su orgullo; la he visto temblar de ira y de odio delante de mí: eso habré conseguido por lo menos. Ya no seré indiferente para ella; ya me odiará toda su vida, como yo la odié siempre.

LEONARDO. ¡Vamos, vamos de aquí!

MARTÍN. Pensará en mí siempre; me odiará siempre. ¡Qué alegría, Leonardo, qué alegría! *(Salen.)*

ESCENA VII

SUSANA, ENGRACIA, DOÑA BERNARDA, DOÑA ANTONIA, PEPITA, DON LINO, el MARQUÉS, DON NARCISO, DAMISELAS y PETIMETRES

D.ª ANTO.ª ¿Pero es posible?
D. NARC.º ¿Oye usted, don Lino?
MARQUÉS. ¡Es inaudito!
D.ª ANTO.ª ¡Qué horror!... ¿Qué dice usted, don Lino?
D.ª BERN.ª ¿Conque esas tenemos? ¡Don Lino, es usted un...! Haga usted cuenta que ha oído el calificativo.
D. LINO. ¡Señora..., señores..., yo puedo asegurar a ustedes que yo ignoraba!...
D. NARC.º ¿Y por qué no nos ha llamado usted al punto, Susanita?
SUSANA. ¿A ustedes? ¿Para qué? Yo me bastaba.
PEPITA. Pero ¿qué ha sucedido? ¿Qué ocurre?
SUSANA. Nada, nada; no se hable más. Don Narciso, haga usted el favor de cantar. Don Lino, acompañe usted a la guitarra.
PEPITA. ¿Pero no seguimos con nuestra égloga?
ENGRACIA. ¡Para églogas estamos!
D. NARC.º No estoy para cantar.
PEPITA. Pues juguemos a algún juego de prendas o a la gallina ciega.
D.ª ANTO.ª Sí, sí; jueguen ustedes; es preciso distraerse con algo; no está bien que acabe el día con un disgusto.
DAMISELA. Aquí tengo china.
D. NARC.º ¡Salvo!
DAMISELA. ¡Usted se queda, don Lino!
MARQUÉS. Pero ¿puede saberse quién es ese hombre que se ha atrevido a insultarla a usted? ¿Por desgracia no es noble y no puedo pedirle cuenta?
SUSANA. No; por desgracia o por fortuna, no es igual a usted.
MARQUÉS. Ya se ve que no... Un hombre cualquiera...
SUSANA. Eso sí : un hombre.
D. LINO. ¡Alto!... Pepita. *(Todos se ríen.)*
DAMISELA. No es Pepita.
D. LINO. Sí; estoy seguro. *(Todos se ríen.)*
PEPITA. Véalo usted...
D. LINO. ¡Ah!... ¡Don Narciso! ¡Qué burlonas!
PEPITA. A vendarle otra vez.
TODOS. Siga la rueda, siga la rueda.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Una calle.

ESCENA ÚNICA

MARTÍN y ALIFONSO

ALIFONSO. ¡Mi señor don Martín!
MARTÍN. ¡Alifonso!
ALIFONSO. ¿Adónde va usted?
MARTÍN. ¿Adónde he de ir? A casa..., a casa de Leonardo.
ALIFONSO. ¿Llega usted ahora de Alcalá?
MARTÍN. Ahora mismo.
ALIFONSO. Ya lo suponía yo... Si no ando listo... Usted no sabe...
MARTÍN. ¿Qué? Habla. ¿Ocurre algo?
ALIFONSO. Casi nada. A don Leonardo hace dos días que se lo han llevado.
MARTÍN. ¿Que se lo han llevado? ¿Adónde?
ALIFONSO. A la Inquisición.
MARTÍN. ¿A la Inquisición? ¿Qué dices?
ALIFONSO. Lo que usted oye; a la Inquisición, al Santo Oficio en su mesma mesmedad.
MARTÍN. ¿Qué dices? ¡Tú estás soñando!
ALIFONSO. No, señor; por desgracia estoy bien despierto.
MARTÍN. ¡Pero si esto parece una burla! Vamos, Alifonso, esto es alguna broma de Leonardo; tú eres muy travieso, y entre los dos...
ALIFONSO. ¿Pero no ve usted, mi señor don Martín, que me estoy ahogando? Le juro a usted que he de retorcer el pescuezo a doña Visitación, que es más

tonta que una marmota... ¡No sé cómo no me comí a los alguaciles que fueron a prender a mi amo!

MARTÍN. ¡Bueno, bueno! Deja ahora aparte las heroicidades que no has hecho y cuenta bien y con orden.

ALIFONSO. Pues, señor, el martes (que en martes no puede suceder nada bueno) estaba yo poniéndole un botón a la casaca de mi amo, cuando llaman a la puerta, miro por el ventanillo y veo unas caras... Aquello me dió mala espina; pero el amo me mandó que abriera y abrí. Ello es que eran seis, y dos de ellos traían unas cruces verdes, y todos vestían de negro. Entráronse de rondón, pero mi amo no se acobardó, y faltó poco para que no la emprendiera a porrazos con toda aquella patulea.

MARTÍN. ¿Y le prendieron?

ALIFONSO. ¿Que si le prendieron? ¡Digo! Y también iban por usted; puede usted dar gracias a Dios por haberle ocurrido ir a Alcalá; que si está en Madrid, me lo cogen y me lo zampan en la cárcel.

MARTÍN. Y él, ¿no hizo resistencia?

ALIFONSO. De poco le hubiera valido.

MARTÍN. ¿Y se lo llevaron?

ALIFONSO. No, que allí lo dejaron de muestra. Se lo llevaron, sí, señor.

MARTÍN. ¿Y tú no has vuelto por allí?

ALIFONSO. ¿Qué he de volver? Pues bonito está el negocio para meterse allí. Hasta que esto no se aclare no me ven el pelo. Lo primero que les dijo doña Visitación fué que yo era el demonio mismo o tenía tratos con él, y que una vez había convertido un jamón en violín.

MARTÍN. ¿Y no registraron las habitaciones?

ALIFONSO. ¡Pues no! Y todo se lo llevaron: libros, papeles...

MARTÍN. Pues yo necesito ir allí; es preciso que vaya.

ALIFONSO. Déjese, señor; cepos quedos; más vale pasear por las calles que pudrirse en un calabozo; además, así podremos servir a don Leonardo; ya, ya he dado algunos pasos.

MARTÍN. ¿Qué has hecho?

ALIFONSO. Pues me fuí a ver a don Lino Paniagua, a contarle lo que pasaba... Pues vea usted, ya me consoló bastante, porque ayer tenía el corazón en un puño.

MARTÍN. ¿Y qué te dijo ese don Lino?

ALIFONSO. Que en cuanto usted llegara fuera a verle para decirle lo que tenía que hacer.

MARTÍN. Pues iré ahora mismo... Si le encuentro en su casa...

ALIFONSO. Según me dijo, a usted le será fácil conseguir que echen tierra al asunto.

MARTÍN. ¿A mí? ¿De qué modo?

ALIFONSO. El le enterará a usted. ¡Pobre don Leonardo! Verse encerrado en una prisión sin haberle hecho mal a nadie.

MARTÍN. Sí, sí; pero ¿qué puedo yo, qué puedo yo?

ALIFONSO. Pero mucho cuidado, no me lo echen mano a usted también.

MARTÍN. Si todo lo espero; es a mí, no es a Leonardo a quien persiguen; todo ello es obra de esa gente ruin, miserable... El orgullo ofendido de esa mujer sin alma... Voy, voy sin perder tiempo a casa de don Lino. ¿No me acompañas?

ALIFONSO. Mire usted, mejor es que no nos vean juntos; no es por nada, es que...

MARTÍN. Sí, sí, comprendo.

ALIFONSO. Por estos alrededores le espero. Cuidado, mucho cuidado.

MARTÍN. Si sólo se tratara de mí, no tendría ninguno. Yo te aseguro que se acordarán de mí más de lo que ahora quieren acordarse.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Sala en casa de D. Lino.

ESCENA ÚNICA

MARTÍN y DON LINO

D. LINO. Pase usted, pase usted; mire usted cómo me halla. ¿No se maravilla de verme en este traje? Estoy desconocido, ¿no es verdad?

MARTÍN. Ciertamente; pero ¿estamos en Carnaval?

D. LINO. ¡Oh, no señor!; pero he tenido que encargarme del papel de Ulises en la tragedia *Ifigenia,* que se representa esta noche en casa del marqués de Castro Limón. Este es el traje. ¿Qué le parece?

MARTÍN. Está usted hecho un payaso.

D. LINO. ¿Verdad que sí? Pero qué quiere usted, me han obligado; yo no puedo decir que no. Pero ahora caigo que vendrá a ... Alifonso me lo ha contado todo. ¡Qué desdicha! ¡Qué mala suerte!

MARTÍN. No; diga usted qué indignidad, qué infamia.

D. LINO. Todo ello, por supuesto, se ha tramado entre doña Bernarda y don Narciso, con ayuda y consejo del padre Corchón... Y si yo le dijera a usted que también de otras personas...

MARTÍN. Usted, ¿no tenía antecedente alguno de esta abominable prisión de Leonardo?

D. LINO. ¿Yo? No, señor; el Santo Tribunal obra siempre con el mayor sigilo. Ahora, yo creo que en este caso, con recomendación, con influencia, tal vez pueda conseguirse que la causa pase al brazo secular y la despachen pronto, en dos años o dos años y medio.

MARTÍN. Pero eso es espantoso... Y siendo inocente... ¡Oh, don Lino!, yo creo que los que se contentan con maldecir de estos tiempos son despreciables y cobardes. ¿No merecería la bendición de los hombres el que tuviera valor y fuerza para estremecer desde sus cimientos el Estado y la Corona y toda esa balumba de ignorancia y de corrupción?

D. LINO. ¡Calle usted, calle usted! No se puede hablar así con esa ligereza. ¿No escarmienta usted con lo sucedido a su amiguito, que también, yo se lo decía muchas veces, ha sido siempre muy libre en sus conversaciones?... ¿No le parece a usted que esta pantorrilla tiene poco algodón?... Con las prisas... Pero veo, señor don Martín, que está usted preocupado con el caso de Leonardo y no atiende a lo que le digo. Pues ¿sabe usted a quién debe usted dirigirse? ¿Recuerda usted aquella dama con quien habló usted en la Florida, con quien bailó de lo lindo, con quien paseó usted por las alamedas?

MARTÍN. ¿La hija del conde de Celleruelo?

D. LINO. La misma, Susanita.

MARTÍN. ¿Pero usted no sabe lo que allí ocurrió entre nosotros?

D. LINO. Sí, lo sé todo. Figúrese usted que todos cayeron sobre mí por haberles presentado a ustedes. Pero si usted supiera que cuando todos estaban más indignados contra usted, ella no sólo no hablaba mal de usted, sino que le defendía...

MARTÍN. ¿A mí?

D. LINO. Es muy audaz, decía, muy audaz. ¿Usted sabe lo que eso significa para las damas? Siga usted mi consejo. Diríjase usted a ella; sólo ella puede salvar a nuestro amigo.

MARTÍN. ¿Pero es que esa señora es también de la Inquisición?

D. LINO. No, no, alma de Dios; pero lo es el hermano de la esposa de su tío, don Miguel Enrique de Cárdenas, en cuya casa vive Susanita. El doctor don Juan de Alvarado y Gibraleón es consejero del Supremo de la Inquisición, persona de tal influencia, que él hace lo que quiere en el Santo Oficio.

MARTÍN. Pero yo no puedo pedir nada a esa familia; yo no puedo entrar en esa casa; sería para mí la mayor de las humillaciones, y creo que ni la consideración de las desventuras de mi mejor amigo bastará a darme fuerzas para doblegarme ante esa mujer.

D. LINO. ¿Qué dice usted? Usted está loco. ¿Humillación pedir un favor de esa naturaleza a la más celebrada hermosura de la Corte? Pues digo, que charlaron ustedes poco aquel día. Aunque luego tuviera ella su disgusto al saber quién era usted, yo le aseguro que ella no se ha olvidado de usted y... vamos, que si yo le dijera a usted que tanto como la indignación de doña Bernarda al verse burlada por su amigo de usted, ha influído Susanita en la prisión de don Leonardo...

MARTÍN. ¿Ella dice usted? Pues si eso fuera, razón de más para que yo no deba hablarla.

D. LINO. ¿Y si es eso lo que ella quiere? ¿Si no hubiera hallado otro medio para volver a hablar con usted?...

MARTÍN. Pero ¿qué dice usted, don Lino? Ni le entiendo ni quisiera entenderle.

D. LINO. ¡Ay, mi señor don Martín, que usted no conoce a las mujeres! Yo he visto tanto y he traído y llevado tanto en este mundo...

MARTÍN. Yo no puedo ir a esa casa.

D. LINO. ¡Pues no ha de ir usted! Yo mismo le llevaré; usted verá... Esta misma noche en casa de Castro Limón anuncio a Susanita su visita.

MARTÍN. Es imposible.

D. LINO. ¿Imposible? ¿Y es usted el audaz? Vea usted que yo conozco a esa gente, y si usted no humilla un poco su orgullo, su amigo de usted se pudrirá en los calabozos de la Inquisición, y puede que usted mismo, si dan en perseguirle... ¡Ay!, esta peluca me sofoca; no parece sino que llevo encima tres zaleas. Vamos, mi señor don Martín, acompáñeme usted hasta el coche y no piense usted más en ello; usted irá, usted irá.

MARTÍN. Iré, sí; es lo menos que puedo hacer por Leonardo; iré, aunque el orgullo de esa mujer sólo pretenda humillarme de nuevo; y eso es sin duda lo que ella quiere.

D. LINO. ¿Qué sabe nadie lo que una mujer quiere?

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Sala.

ESCENA PRIMERA

SUSANA, DON MIGUEL y DOÑA JUANA

D.ª JUANA. ¿Pero puede saberse qué te ocurre, Susana? ¿Tú te has dado cuenta del desabrimiento, de la descortesía con que has recibido hoy a nuestros contertulios? Ya lo ves, todos han desfilado antes de la hora acostumbrada.

SUSANA. Tanto mejor; son insoportables.

D.ª JUANA. Mira, Susana, permíteme que te reprenda; pero lo que has hecho hoy..., levantarte de pronto del estrado y salir del salón cerrando de golpe la puerta, cuando doña Antonia discutía con el Marqués y todos estábamos pendientes de sus palabras...

SUSANA. Me aburría soberanamente, y desde mañana, ya lo saben ustedes, no asistiré a la tertulia.

D.ª JUANA. Pero debes comprender que de ese modo sólo conseguirás ser fábula de la corte; para eso, mejor estarías en Alcalá con tu padre, que, por cierto, nos ha escrito muy alarmado porque nada sabe de ti. ¿Por qué no le escribes?

SUSANA. Nada tengo que decirle. ¿Cómo está?

D.ª JUANA. Como siempre; lleno de aprensión: que se muere pronto; ya sabes su tema: «Yo estoy muy malo; yo me muero mañana.»

D. MIGUEL. También dice en su carta que se ha presentado en Alcalá un hijo de Muriel, aquel administrador suyo...

SUSANA. Sí, justamente, el que vendrá esta noche a pedirme no sé qué. Don Lino me ha hablado.

D.ª JUANA. ¡Ah!, ¿pero al fin vas a recibir a ese hombre?

SUSANA. ¿Por qué no?

D.ª JUANA. Tu padre no ha querido recibirle.

SUSANA. Ha hecho mal; debemos oír a todo el mundo.

D. MIGUEL. Susana tiene razón.

D.ª JUANA. Para tu tío siempre tienes razón; así, los que por tu bien nos permitimos contrariarte algunas veces, parece que te qüeremos menos.

D. MIGUEL. Susana sabe que yo...

SUSANA. Sí, tío; estoy muy segura de su cariño. Desde niña me ha querido usted siempre. Recuerdo cuando yo estaba tan enfermita: todos creían que me moría, y usted, mirándome muy fijo decía siempre: «No se muere; no, no se muere.» No crea usted que lo he olvidado.

D. MIGUEL. No creo que puedas dudar de mi cariño; tu tía doña Juana, aquí presente, no se ha dignado concederme sucesión; desde que tu padre se encerró en Alcalá y tú no quisiste acompañarle en su soledad, con nosotros has vivido y eres para nosotros...

SUSANA. Como una hija, ya lo sé; ya sé cómo me quieren ustedes; usted sobre todo.

D. MIGUEL. Es que parece que lo dices así como si lo dudaras.

D.ª JUANA. Como ella no quiere a nadie...

SUSANA. ¿Yo?

D.ª JUANA. Sí, sí; no quieres a nadie.

D. MIGUEL. Tampoco creo yo eso. Susana tiene un gran corazón; por lo mismo teme confiarse demasiado; sabe que ese corazón puede ser su desgracia.

SUSANA. ¿Tanto cree usted conocerme?

D. MIGUEL. Más de lo que tú te figuras. *(Entra un criado.)*

CRIADO. Con permiso de vuecencias.

D. MIGUEL. ¿Qué hay?

CRIADO. Un joven que, según dice, viene de parte del abate don Lino, y desea hablar con la señorita Susana.

D. MIGUEL. Tú dirás.

SUSANA. Que pase. *(Sale el criado.)*

D.ª JUANA. Permíteme que me parezca muy mal que le recibas; en una carta, en un memorial, mejor dicho, podía exponerte lo que deseaba.

D. MIGUEL. Calla, mujer; si Susana prefiere hablar con él... Adelante, adelante.

ESCENA II

DICHOS y MARTÍN

D. MIGUEL. Susana...

SUSANA. ¡Ah!

MARTÍN. Ya creo que sabe usted a lo que vengo. Un amigo de usted y mío, don Lino, le ha informado a usted del favor que tengo la honra de pedir a usted...

SUSANA. Sí.

MARTÍN. Un amigo mío, que no ha cometido delito alguno, ni aun la falta más ligera, ha sido preso por el Santo Oficio; solo, sin amigos poderosos, el infeliz está expuesto a perecer en un calabozo si alguien no se apiada de él y no logra ablandar a sus perseguidores... Que tenga que pedirse como un favor lo que es de justicia es cosa que subleva y nadie puede permanecer impasible ante maldad semejante... Usted perdone mi exaltación...

SUSANA. A todos los que han servido en nuestra casa hemos favorecido cuanto nos ha sido posible. Yo haré por su amigo de usted lo que pueda, atendiendo a que tiene empeño en ello una persona que nos ha servido, aunque mal.

D.ª JUANA. ¿Este señor ha servido en tu casa?

SUSANA. El, no; pero su padre, sí. Habrá usted oído hablar

de Pablo Muriel, el que administraba los Estados de Andalucía.

D.ª JUANA. Aquel de quien decían... ¡Qué horror!

SUSANA. Tía, no hable usted así delante de este caballero, que es su hijo. Nosotros perdonamos todas las ofensas.

MARTÍN. Sí, ustedes perdonan todas las ofensas.

SUSANA. Y procuramos que las personas que nos han servido no puedan nunca quejarse de nosotros.

D.ª JUANA. Así es; por eso todos colman de bendiciones lo mismo esta casa que la de mi señor cuñado el Conde.

SUSANA. Por tanto, a pesar de los agravios recibidos, yo haré lo posible por lograr lo que usted desea, ya que me lo pide con tanta humildad. ¿No es eso?

MARTÍN. Sí, señora; con toda humildad.

SUSANA. Grandes favores han recibido ustedes de nosotros; favores no siempre agradecidos; pero puesto que usted conserva algún cariño a nuestra casa, yo haré todo lo posible para que su amigo sea puesto en libertad.

MARTÍN. Sí, usted hará todo lo posible para que mi amigo sea puesto en libertad.

D.ª JUANA. Pero di, Susana, ¿es éste el caballero que dijo tantos despropósitos el otro día en la Florida? ¿Este es el de que tú nos hablaste?

SUSANA. No, tía; no es éste: siempre ha de entender usted las cosas al revés; aquel de quien hablé a usted era otro... Y por cierto que no he visto nada más desvergonzado. ¡Qué procacidad! ¡Qué audacia la suya!

D.ª JUANA. Pues yo había entendido que era este caballero el que había estado el otro día en la Florida; por eso te reprendí cuando me dijiste que ibas a recibirle.

SUSANA. ¿Le parece a usted bien que yo podía recibir a ese hombre?

MARTÍN. Y ese hombre, ¿estuvo con usted en la Florida, en alguna fiesta de campo?

SUSANA. Sí, y alternábamos con él creyendo que era persona...

MARTÍN. ¡Qué atrevimiento!

D.ª JUANA. Figúrese usted que a lo mejor empezó a soltar herejías, y... qué sé yo. Perdone usted, caballero, que por un momento y equivocadamente supusiera... Pues puede usted ir seguro de que haremos cuanto podamos en favor de su amiguito.

SUSANA. Sin embargo, no puede decirse que sea seguro. Porque yo no sé si el abuelito querrá...

MARTÍN. Tengo entendido que no sabe negar cosa alguna que usted le pida.

SUSANA. Según, según. La falta de su amigo puede ser de tal naturaleza...

MARTÍN. Creo haber dicho a usted que no ha cometido falta alguna.

SUSANA. Está bien. Deje usted a mi tío una nota y haremos cuanto se pueda. Vuelva usted.

MARTÍN. Sí, señora; yo volveré. Espero que no olvidará usted mi pretensión y confío en sus buenos sentimientos. Ya tenía yo noticias de su condición suave y caritativa, ya me habían enterado de la bondad de su corazón; me consideraré feliz si ahora, con esta impertinente demanda mía, le proporciono ocasión de mostrar una vez más tan hermosas cualidades. *(Salen D.ª Juana y Susana.)*

ESCENA III

MARTÍN y DON MIGUEL

MARTÍN. Dejaré a usted la nota que su sobrina me ha pedido.

D. MIGUEL. No hay prisa. Perdone usted que le detenga un momento. No quiero que se vaya usted de mi casa sin que hablemos un poco.

MARTÍN. Usted dirá.

D. MIGUEL. Ya tengo noticias de usted. Todas las personas de talento me son simpáticas. ¿Pero ha visto usted la taimada de mi sobrina? ¿Pues no negó que fuese usted el que el otro día estuvo en la Florida?

MARTÍN. Sí, sí...

D. MIGUEL. Ella quiso evitarle a usted un sonrojo... Como estaba delante mi esposa y ésta se asusta de ciertas ideas... A mí no me asustan las opiniones, por atrevidas que sean... Mi sobrina ha estado en extremo cariñosa con usted. Yo estaba asombrado. Pero dígame usted, señor don Martín, ¿cómo van sus asuntos? Porque yo sé que tiene usted proyectos; aspira usted a ver realizadas sus ideas, sus grandes ideas. A mí me gusta el arrojo

de los jóvenes que quisieran ver transformada esta sociedad... Y, es indudable, esta sociedad ha de volverse de arriba abajo... Yo tendría mucho gusto en hablar con usted de éste y de otros asuntos. Usted no será hoy muy explícito conmigo porque no me conoce; pero ya nos veremos. Venga usted a esta casa cuando guste. Olvide usted los resentimientos que pueda guardar a mi señor hermano; él es raro...; yo sé que en el asunto de su padre de usted ha habido muchas intrigas...; en fin, eso pasó.

MARTÍN. Y ha habido también injusticias.

D. MIGUEL. Susana no participa de ninguna prevención contra ustedes. Si viera usted qué interés mostró por su amigo, apenas supo lo que usted pretendía... Esté usted seguro de que saldrá con bien.

MARTÍN. Será muy grande mi agradecimiento.

D. MIGUEL. Pero usted no me dice nada de sus proyectos.

MARTÍN. Yo no tengo proyecto alguno; no sé quién pueda haberle a usted dicho...

D. MIGUEL. Si no proyectos, aspiraciones. Yo, acá para los dos, pienso como usted acerca de muchas cosas... Yo no tengo talento, ni soy, como usted, elocuente...

MARTÍN. Sin duda le han informado a usted mal de mis merecimientos. Yo soy un hombre aplicado al estudio, sin otra virtud que un deseo muy vivo de ver realizados el bien y la justicia en todas partes.

D. MIGUEL. Pues manos a la obra; es preciso reformar. Según tengo entendido, el principal mérito de usted consiste en su atrevida resolución para llevar adelante cualquier atrevida empresa.

MARTÍN. No me tengo por cobarde, ni hay deber de honra que yo no esté dispuesto a cumplir siempre.

D. MIGUEL. Venga usted a mi casa. Aquí vienen muchos personajes importantes. Yo quiero que usted los trate; pero cuidado, no conviene extralimitarse ni hablar con demasiada desenvoltura. Yo, por mi parte, no tengo preocupaciones, aunque he nacido en alta posición. ¡Cuán distinto soy de mi hermano!... Si yo dispusiera de sus riquezas, de sus medios... Pero a los segundones nos está reservado un triste papel... ¿No olvidará usted el camino?

MARTÍN. Acepto el ofrecimiento que usted me hace y vendré a su casa.

D. MIGUEL. Y yo espero que su petición será atendida por mi cuñado. Cosa que Susanita le pida no puede ser negada.

MARTÍN. Mucho agradeceré su benevolencia. *(Sale.)*

ESCENA IV

DON MIGUEL y ROTONDO

ROTONDO. ¿Qué le ha parecido a usted?

D. MIGUEL. Excelente, soberbio, propio para el caso.

ROTONDO. Sí, pero es reservadillo.

D. MIGUEL. Por eso me gusta más.

ROTONDO. ¿Qué le dije yo a usted? ¡Un hallazgo, señor don Miguel!

D. MIGUEL. ¡Un hallazgo, señor don Buenaventura!

TELÓN

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

En casa de Rotondo.

ESCENA PRIMERA

MARTÍN y ROTONDO

ROTONDO. ¿De modo que insiste usted en dejar esta casa? Comprendo que permanecer en ella no le fuera a usted grato. Ese pobre La Zarza le habrá molestado a usted continuamente con sus voces.

MARTÍN. Pobre señor de La Zarza; nos hemos hecho muy buenos amigos. Pero después de mi entrevista con la hija del Conde; después de haber hablado con su tío don Miguel, me considero más seguro, libre por ahora de persecuciones. Creo que sin temor alguno puedo volver a casa de Leonardo y esperar allí lo que dispongan los que, por lo visto, han tomado a su cargo disponer de mi vida.

ROTONDO. ¿Y habló usted con don Miguel, con el tío de Susanita?

MARTÍN. Sí, señor; hablé con él; mejor dicho, él habló conmigo.

ROTONDO. ¿Advertiría usted pronto que es hombre de ideas avanzadas?

MARTÍN. Sí, me invitó a visitar su casa con frecuencia.

ROTONDO. No deje usted de hacerlo.

MARTÍN. Por ahora, no; hasta saber cómo se resuelve el asunto de mi pobre amigo... La hija del Conde también me dijo que volviera.

ROTONDO. ¡Ah!, eso es más importante.

MARTÍN. ¡Qué mujer más extraña! Es odiosa y es seductora al mismo tiempo.

ROTONDO. Lo que quiere decir que es inolvidable; como todo lo que no es vulgar, indiferente.

MARTÍN. ¡Cómo se complacía en verme humillado ante ella y cómo tuve que violentarme para soportar su tono despectivo, sus palabras, que aparentaban bondad y eran como latigazos!... Esa mujer no debe haber querido nunca.

ROTONDO. Como una mujer vulgar, no, de seguro; ahora..., querer, quién sabe... De cualquier modo, el que consiga dominar esa indomable altivez ya puede sentirse orgulloso. No dejaremos de vernos. Tal vez muy pronto le necesitemos a usted.

MARTÍN. ¿Para esa revolución que yo sueño tan grande y ustedes tan mezquina?

ROTONDO. Vaya, señor don Martín, quién sabe dónde llegaremos. Todo es empezar. Con su permiso; son dos amigos; los esperaba. Antes de que deje usted esta casa voy a presentarle a ellos. Son hombres de temple, decididos a todo, como usted. Adelante, don Frutos; Sotillo, adelante.

ESCENA II

DICHOS, DON FRUTOS y SOTILLO

SOTILLO. ¿No está usted solo?

ROTONDO. Es un buen amigo, de los nuestros. Y piensa en todo como usted, amigo Sotillo; radical como usted; como usted, no se contenta con menos que con destruir el mundo.

SOTILLO. ¡Bah!, no tendrá las razones que yo tengo para pensar así. Toda mi vida perseguido, acorralado.

D. FRUTOS. ¿Y usted se queja? ¿Qué debo hacer yo entonces? Pero yo sé esperar; creo que está cerca el día; a ese Godoy hemos de verle arrastrado.

SOTILLO. ¿A él solo?

D. FRUTOS. Con Godoy me contento. Usted pensará lo mismo que yo.

SOTILLO. Yo pienso como La Zarza; su locura es la única verdad: todos a la guillotina; todos a la guillotina.

ROTONDO. Este Sotillo, ¿qué le decía yo a usted? Es hombre de ideas...

D. FRUTOS. Sí, las ideas... Por ahora que caiga Godoy; eso es lo que importa. ¿No le parece a usted?

MARTÍN. ¡Godoy! Hablan ustedes de revoluciones, de reformas, y sólo piensan en derribar a Godoy, a un hombre. ¿Es que sólo él es el culpable de todas las desdichas, de todas las ignominias que padecemos? Es poco un hombre para hundir una nación en el oprobio, como es poco también para salvarla. Godoy no es la causa, es el efecto de la corrupción de los de arriba, de las vilezas de los de abajo. Entre todos le permitieron encumbrarse y es hechura de todos, aunque ahora no quieran conocerlo; y la bajeza de todos se muestra en que sólo saben combatirle con sátiras y burlas, que más son escarnio de los gobernados que de los gobernantes. Cuando los pueblos tienen dignidad no es posible que haya en ellos gobernantes indignos. Recobrar nuestra dignidad es lo que importa; entonces no habría que derribar a Godoy; él mismo se retiraría avergonzado. Ahora, a cualquier parte que mire, ¿dónde hallará la medida de su dignidad, si aun es superior a cuanto le rodea?

ROTONDO. ¿Qué les parece a ustedes?

D. FRUTOS. No está mal, no está mal.

SOTILLO. Eso digo yo; eso he pensado siempre. Godoy significa muy poco; hay que acabar con todos los privilegios, hay que acabar con todos los que se creen superiores y son hombres como usted y como yo. Igualdad, igualdad; nada de alturas, que dan vértigos.

MARTÍN. Sí, de vanidad a los que desde arriba miran abajo...

SOTILLO. ¡Eso, eso!

MARTÍN. De envidia a los que desde abajo miran a lo alto.

SOTILLO. ¿Qué quiere usted decir? Yo no envidio a nadie, no considero a nadie superior a mí. ¿Qué hombre es éste?

ROTONDO. Señor don Martín, no se detenga por nosotros. Ya procuraré verle muy pronto.

MARTÍN. Señores...

D. FRUTOS. Téngame por suyo.

SOTILLO. Salud. *(Sale Martín.)*

D. FRUTOS. ¿Puede uno fiarse de él?

ROTONDO. Eso sí: honradez, demasiada honradez. Pero es nuestro, es nuestro, y ha de servirnos como nadie.

LA ZARZA. *(Dentro.)* ¡Todos a la guillotina! ¡Todos a la guillotina!

ROTONDO. El pobre La Zarza... Estos días está más inquieto que nunca. Tranquilízate, ya estoy aquí... Soy yo, Robespierre. Tranquilízate. Triunfaremos.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

En casa de Leonardo.

ESCENA PRIMERA

DOÑA VISITACIÓN, MARTÍN y ALIFONSO

ALIFONSO. ¡Mi señor don Martín! ¡Qué alegría! ¿Qué hay de mi amo? ¿Cuándo le sueltan? ¿Cuándo le vemos?

MARTÍN. No sé nada. Tengo esperanzas; pero nada más. ¿Qué hay, doña Visitación? Aquí me tiene usted.

D.ª VISIT. Sí, ya lo veo. Siempre que no sea para nada malo...

MARTÍN. ¿Tanto me teme usted?

D.ª VISIT. Después de lo sucedido..., usted dirá si puede una estar tranquila. Yo creí que no volvería usted por acá. Por cierto que esta mañana llegó esta carta para usted, y trae algo dentro, y algo de valor, que bien se nota. Ya había yo encargado a Alifonso que le buscara a usted para entregársela. Ahí tiene usted.

MARTÍN. ¿Qué es esto?

ALIFONSO. ¡Digo, dinero!... ¡Vaya, don Martín, que todos los días no son días de penas! Si un día se nos entran por las puertas esos demonios de inquisidores, otro nos llueven escudos de oro, que nos vienen ahora como anillo al dedo; digo, por lo que a mí respecta.

D.ª VISIT. Vaya, menos mal...

MARTÍN. No; yo no puedo tocar este dinero, que no sé de dónde procede. Ninguna carta le acompaña, ni el menor indicio.

ALIFONSO. Déjese de escrúpulos; las señas venían terminantes: «A don Martín Muriel.»

MARTÍN. Es que no puedo presumir, por más que pienso... Sólo... No, no es posible.

ALIFONSO. ¿No cae usted?

MARTÍN. No, no es posible.

D.ª VISIT. ¿Y se lo guarda usted? Mire, don Martín, que el mozo y yo hemos pasado en estos días lo que usted no sabe, y algún dinero de ése..., digo yo..., me parece a mí...

ALIFONSO. Dice doña Visitación... Llaman.

D.ª VISIT. Mira quién es antes de abrir, que todo me asusta.

ALIFONSO. Si es don Lino; gente de paz. Entre usted, don Lino; entre usted.

ESCENA II

Entra DON LINO. Salen DOÑA VISITACIÓN y ALIFONSO

D. LINO. Señor don Martín Martínez de Muriel, gran pesadumbre me hubiera dado no hallarle a usted en casa, porque le traigo un recadito que ya, ya... ¡Pero qué disgusto tengo, señor don Martín! Si viera usted lo que me pasa...

MARTÍN. ¿Qué recado me trae usted?

D. LINO. Cosa importante, amigo mío, y que le hará a usted bailar de gusto. Cuando yo le decía que no le miraban a usted con malos ojos... Pero si viera usted lo que me pasa... El diablo me tentó cuando me encargué del papel de Ulises. ¿Creerá usted que han hecho una caricatura que anda por ahí dando que reír a las gentes, y unos versos que, la verdad, son graciosos, pero... ¡cómo me ponen en ridículo!...

MARTÍN. Sí, lo creo... ¿Pero no me da usted el recadito?...

D. LINO. Ya le diré a usted. Pero lo peor del caso es que la caricatura la ha hecho el diablo de don Francisco de Goya, y los versos Moratín en persona. Ambos son muy amigos míos, y yo no me he de enfadar por eso; pero no le gusta a uno ser comidilla de la gente. Si viera usted el dibujo de Goya... Estoy pintiparado con mi peluquín y mi espadón; pero tan grotesco, que es para morirse

de risa... Pues ¿y los versos?... Tanto los he oído recitar, que los sé de memoria.

MARTÍN. Pero ¿no tenía usted que decirme algo?

D. LINO. ¡Ah!, sí; vamos a ello. Es el caso que anoche vi a Susanita Celleruelo en casa de Castro Limón, y me dijo... Le advierto a usted que primero se rió de mí cuanto quiso.

MARTÍN. Bien, bien...

D. LINO. Pues bien: Susanita me dijo que ya había hablado por su amigo don Leonardo con aquella persona.

MARTÍN. ¿Y qué le ha dicho?

D. LINO. Nada. Parece que es cosa difícil. Sin embargo, según se expresaba, podrá conseguirse... Si digo que ha nacido usted con pie derecho...

MARTÍN. ¿Conque hay esperanzas de conseguirlo?

D. LINO. Yo creo que sí... Se ve, se ve que ella lo ha tomado con mucho empeño.

MARTÍN. Pero ¿no le ha dado a usted seguridades? ¿No le ha dicho a usted lo que ha contestado ese señor consejero?

D. LINO. No; eso se lo dirá ella a usted mismo.

MARTÍN. Sí, quedé en ir por allí.

D. LINO. Esta noche; a eso he venido.

MARTÍN. ¿Esta noche? ¿Le ha dado a usted ese recado?

D. LINO. Precisamente. «Don Lino — me dijo —, haga usted el favor de decir a ese señor Muriel que esta noche venga a casa, a las nueve en punto, para darle la contestación de su asunto.»

MARTÍN. Ya.

D. LINO. Pero dice que no vaya usted ni antes ni después de las nueve. ¿Lo entiende usted?

MARTÍN. Iré sin falta.

D. LINO. Pero no necesito recomendar a usted una cosa, y es mucho sigilo.

MARTÍN. Lo que es eso...

D. LINO. Ya usted ve, yo soy persona grave, y sólo me encargo de hacer estos favores cuando sé que no es para escándalo. Ya sé que usted es persona formal; y en cuanto a ella... Pero figúrese usted que ya la gente habla...

MARTÍN. ¿De qué?

D. LINO. De Susanita; como la ve tan abstraída, tan meditabunda...; ella, que siempre ha sido lo contrario. Ya he oído comentar este cambio en su carácter y hacer mil cábalas sobre quién sería él y quién

podría ser... Por eso le recomiendo prudencia, mucha prudencia.

MARTÍN. Descuide usted.

D. LINO. Usted estará loco de contento, porque aunque no consiguiera usted sacar a su amigo de la cárcel, ¡ahí es nada conseguir el favor de una dama tan principal!...

MARTÍN. En eso no hay nada de lo que usted se figura. Sólo me llama para enterarme del resultado de mi pretensión.

D. LINO. A mí con ésas... La verdad es que ha conseguido usted un milagro. Yo, que la conozco desde hace mucho tiempo... No hay criatura más antojadiza. Anoche justamente armó una gresca con el marqués de Fregenal, su pariente, ese que la acompaña a todas partes; todo porque ella gusta mucho de ir a los bailes de candil de Maravillas y de Lavapiés, como es costumbre aquí entre la gente encopetada. El Marqués se negaba a acompañarla, porque parece que otra vez fué y no salieron muy bien parados de la aventura. Pero ella en sus trece: que ha de ir y que ha de ir, porque no puede desairar a la Pintosilla, que la ha convidado.

MARTÍN. ¿Y quién es la Pintosillla?

D. LINO. Una bodegonera de la calle de la Arganzuela, mujer de mucho donaire y muy obsequiada por los petimetres. Aquí es corriente que los señores de más tono se codeen con esa gentezuela, y la verdad es que no se pasan malos ratos.

MARTÍN. ¿Y Susana frecuenta esas sociedades?

D. LINO. Ya la conocerá usted mejor que yo y podrá usted apreciar su carácter. Conque esta noche... Como usted es persona de formalidad, no me pesa de favorecer sus amores.

MARTÍN. ¡Amores! ¿Está usted loco? Hay cosas que por mucho que se crea en la veleidad de los acontecimientos y en las vueltas del mundo, no se pueden sospechar siquiera.

D. LINO. ¡Ah, mi señor don Martín!, el corazón de las mujeres es más enrevesado que el mundo. Usted quiere desorientarme, usted no sabe que yo soy la prudencia misma. Pero ya me retiro. Hoy es para mí un día de no poder descansar un momento. La señora de Valdecanas quiere tomar desde mañana la leche de burras, y voy a avisar

al burrero. Después tengo que ir por la estampita de Goya en casa de Limón para llevarla a casa de Porreño; porque ha de saber usted que, para mayor escarnio mío, he de ser yo el que ande llevando y trayendo la caricatura que me ha hecho el truhán de don Paco. Yo no voy a enfadarme por eso. No se olvide usted: a las nueve... Ni antes ni después... A las nueve.

MARTÍN. Sí, a las nueve.

D. LINO. Eso es; y prudencia, mucha prudencia. *(Sale.)*

MARTÍN. ¿Habrá sido ella quien...? ¿Será posible lo que este hombre sospecha y cree?... No; no puede ser, no puede ser.

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Sala en casa de D. Miguel.

ESCENA PRIMERA

SUSANA, DOÑA JUANA, DON MIGUEL y el MARQUÉS DE FREGENAL

MARQUÉS. Esta noche está Susana con la calentura. Vamos, una pastilla de tamarindo.

SUSANA. Gracias. ¿Qué hora es?

MARQUÉS. ¿Te molestamos?

D.ª JUANA. Has tenido un modo de despedir a la tertulia... ¡Y cómo has tratado a mi pobre hermano!...

SUSANA. Como está tan complaciente conmigo... Como si le pidiera algún imposible.

MARQUÉS. ¡Ah! ¿Se trata del asunto de ese señor Muriel, que tanto te interesa?

SUSANA. Le interesa a usted más, por lo visto; ya me ha hablado usted de él dos veces esta noche.

MARQUÉS. Esta noche no hay quien hable contigo; si estás enfadada porque me he negado a ir contigo al baile de la Pintosilla, no vayamos a reñir por eso; iremos.

SUSANA. ¿Pero usted creía que yo desistía de ir al baile de las Maravillas? Si usted no quisiera ir conmigo, no faltaría quien me acompañase.

MARQUÉS. Lo supongo. Pero ya que haces el disparate de ir a semejantes sitios, irás conmigo.

D.ª JUANA. Tu gusto de mezclarte con la gente del pueblo en esa clase de jaleos es muy extravagante, por más que la mayor parte de las damas de la Corte lo tengan igualmente; pero ya que no te cures de tan rara afición, bueno es que te acompañes de personas de respeto como el Marqués.

D. MIGUEL. No conviene penetrar sin mucha y buena escolta allí donde campa la flor y espejo de la manolería.

SUSANA. Pero si a usted le molesta acompañarme, ya le he dicho que no faltará quien me acompañe. Y si ahora, en cambio, me dejara usted sola...

MARQUÉS. ¿Te estorbo?

SUSANA. Me estorba todo el mundo.

D.ª JUANA. Susana no sabe lo que está dando que hablar en todo Madrid con sus salidas de tono.

SUSANA. ¿Quién habla? Nuestra soporífera tertulia. Debían agradecérmelo. Así saldrán de los temas corrientes: la caricatura de don Lino, las intrigas palaciegas, las modas de Francia...

D. MIGUEL. Vaya, no molestemos a Susanita; ya nos ha dicho que quiere estar sola.

MARQUÉS. Sí, ya nos lo ha dicho. Hasta mañana; que se pase el geniecillo.

D.ª JUANA. Buenas noches, Susana. ¿No tomarás una jícara de chocolate antes de acostarte?

SUSANA. No, no quiero nada; me duele la cabeza. Buenas noches. *(Salen todos, menos Susana.)*

ESCENA II

SUSANA y una DONCELLA

SUSANA. Ya sabe usted: cuando venga ese caballero, que pase.

DONCELLA. Ese caballero espera desde hace un momento.

SUSANA. Que pase en seguida.

ESCENA III

SUSANA y MARTÍN

MARTÍN. Señora...

SUSANA. Tome usted asiento. Estoy enferma; pero puesto que le llamé a usted, no quise dejar de recibirle.

MARTÍN. Yo hubiera vuelto, y me marcharé al instante si esta visita puede molestar a usted.

SUSANA. No, de ningún modo; estará usted impaciente por saber de su amigo. Siento no poder dar a usted mejores noticias de las que tengo.

MARTÍN. Sí, las personas que pueden poner a Leonardo en libertad son insensibles a la justicia y a la compasión.

SUSANA. Yo espero, a pesar de todo, conseguirlo al fin.

MARTÍN. Haga usted cuanto sea posible. Dichosos los que, como usted, pueden remediar por algún medio alguna de las infamias que en esta sociedad se cometen.

SUSANA. La dificultad que hay, es que parece que ese reo ha sido reclamado por la Inquisición de Toledo, por haberse descubierto que estaba en correspondencia con unos masones o brujos de dicha ciudad.

MARTÍN. No se puede tolerar en calma la superstición y torpe ignorancia que supone creer en tales despropósitos. Se comprende que haya un pueblo ignorante que los crea; pero que haya una institución que lo legalice y una sociedad que lo consienta en estos tiempos... Da vergüenza pertenecer al linaje humano cuando se ven ciertas cosas.

SUSANA. Se comprende que todos le teman a usted y le miren con recelo como a un hombre extravagante y peligroso. Yo no he visto a nadie tan revolucionario como usted, ni que se burle con tanto descaro de las cosas santas.

MARTÍN. Es cierto; usted no ha conocido otro como yo, y por eso sin duda le parezco tan raro. Mi dolor consiste en que veo a mi alrededor a muy pocos que piensen como yo; por eso estoy condenado a vivir a solas conmigo, que es bien triste vida.

SUSANA. No estaría usted tan solo si lograra usted corregirse de su furia y poco a poco le tuviéramos a

usted devoto y sumiso, en vez de fiero y atrevido como es.

MARTÍN. No es fácil. Tendré que irme, al fin, lejos de mi patria.

SUSANA. Sea usted como los demás y tal vez sea usted feliz. Por lo que he podido entender, usted es una persona que podría ocupar un buen puesto en la sociedad si no fuera tan enemigo de ella; no le faltaría a usted protección.

MARTÍN. Pensar que yo intente medrar arrojándome á los pies de lo que más aborrezco, es locura; no está en mi carácter.

SUSANA. ¡Ah!, ya sé por qué dice usted eso; que no se arrojará a los pies de lo que más aborrece. ¿Lo dice usted por nosotros, por mí, acaso?

MARTÍN. No, señora; no me acordaba de resentimientos que, aunque siempre vivos, sé dejar a un lado en ciertas ocasiones.

SUSANA. Nosotros no pretendemos que usted se arroje a nuestros pies, ni para nada necesitamos sus servicios.

MARTÍN. No me he referido a la familia de usted, de quien no espero nada y a quien tampoco estoy dispuesto a servir.

SUSANA. ¿Nos guarda usted un rencor tan grande?

MARTÍN. Yo no quería hablar de lo pasado. El propósito nobilísimo de usted de librar de la prisión a mi amigo, me impone un sentimiento de gratitud que yo no puedo, no debo negar. Pero antes de esto, usted dirá con la mano puesta en el corazón si tengo yo motivos para idolatrarles a ustedes.

SUSANA. Se deja usted llevar de su pasión. En casa no ha habido crueldad ninguna con su padre de usted ni con su familia. Si su padre de usted fué preso, los Tribunales de Granada lo hicieron sin influjo ninguno de nuestra casa.

MARTÍN. Perdone usted que no lo crea. Estoy bien enterado de lo que pasó. Y usted también lo sabe, aunque los grandes señores siempre ven desfigurado lo que está más abajo que ellos. Pero si usted no creyera que por parte de su familia se me debia alguna reparación, estoy seguro de que nunca me hubiera usted atendido como me atiende.

SUSANA. ¿Cree usted que es por miedo?

MARTÍN. No, al contrario. Creo que hace usted obra de justicia, de reparación. A veces no tenemos intención de hacer una cosa buena y la hacemos, influídos por algo que vemos o que oímos.

SUSANA. ¡Ah, no! Lo que usted haya podido decirme no me ha impresionado nada. Si viera usted cómo me reí aquel día, cuando me habló usted con un lenguaje que hasta entonces creo que dama alguna ha podido escuchar...

MARTÍN. Habrá usted oído tantas mentiras, tantas adulaciones en su vida, que aquel lenguaje había de impresionarla a usted por fuerza, porque era la verdad de mis sentimientos. Cuando supe quién era usted, no sé si sentí dolor o alegría. ¿No es verdad que aquello era una burla providencial? ¡Juntarnos nosotros! Yo, que soy de humilde cuna y que llevo un nombre que no se pronuncia sin horror en la casa de Celleruelo. Usted, de alto linaje, celebrada por su hermosura y por sus encantos... Y la casualidad nos juntó, y hablamos como si un abismo de rencores y de diferencias sociales no existiera entre nuestros dos nombres. ¿No era para sentirse orgulloso? ¿No se ha estremecido usted de indignación siempre que ha recordado aquel día? Yo, soy sincero, lo consideraré como un día glorioso, el más glorioso de mi vida.

SUSANA. Usted quiso humillarme.

MARTÍN. Y lo conseguí. Ahora, hablando aquí en intimidad como hablamos, ¿podrá usted negarlo? Eso le probará a usted que sólo las circunstancias ensalzan o deprimen a las personas, y que la mejor posición social es la que dan las virtudes o el talento. Un accidente, un engaño, un disfraz juntan lo que la sociedad quiere y ha querido siempre que no se junte.

SUSANA. Y todo eso para probar que fué una humillación haber bailado con usted. Pues sepa usted que muchas veces he bailado con majos y chisperos en las verbenas de Santiago y de San Juan.

MARTÍN. Sí; pero a ninguno de ellos lo mandó usted llamar después para hablar con él a solas en su casa.

SUSANA. No creí que fuera usted vanidoso hasta ese extremo.

MARTÍN. ¡Ah, no! Yo soy soberbio con los orgullosos, pero

me empequeñezco y me confundo con los que descienden hasta mí. Yo, lejos de zaherir a usted por esta inesperada deferencia, me complazco en encontrarla digna de la mayor estimación. Usted se ha engrandecido a mis ojos; en mi vida he despreciado más que aquel día, cuando tan violentamente reñimos en la Florida; después todo ha cambiado; los sentimientos sufren a veces asombrosas reacciones, y quién sabe adónde podrán llegar los míos respecto a personas que antes me inspiraban profunda aversión.

SUSANA. Usted no sabe apreciar la benevolencia que tengo por usted y el interés que me tomo por su amigo; usted va más allá.

MARTÍN. No voy más allá; estoy en lo cierto. No veo en la bondad de usted otra cosa que lo que debo ver: una satisfacción por los ultrajes que he recibido, y una protesta contra la humildad de mi posición y de mi fortuna. Usted ha tenido el instinto de la justicia, y me concede, tal vez sin saberlo, lo que yo merezco: consideración, afecto; todo lo que yo busco y no he hallado nunca en el mundo.

SUSANA. Debía usted pensarlo.

MARTÍN. ¿Qué, señora?

SUSANA. Lo que le he dicho.

MARTÍN. No recuerdo.

SUSANA. Usted debe cambiar de ideas, usted está llamado a ocupar un elevado puesto en el mundo, y puede llegar a él si tiene prudencia.

MARTÍN. No sé qué puesto es ése, ni cómo he de conseguirlo.

SUSANA. Pues no hay cosa más sencilla. Usted, por su carácter y su entendimiento, debía procurar elevarse, en vez de insistir en mantenerse a flor de tierra, insultando a las clases altas.

MARTÍN. Lo que usted me aconseja es que me venda.

SUSANA. No me ha comprendido usted bien. Inclinar su talento hacia otro fin; conquistar el favor de los poderosos, desempeñar algún cargo, ganar respeto y aprecio..., tal vez un título de nobleza.

MARTÍN. La oigo a usted con curiosidad y me divierte oírla.

SUSANA. No sé que haya dicho ningún despropósito.

MARTÍN. ¡Yo pretendiendo un título de nobleza!... No creía yo merecer una burla tan fina...

SUSANA. No es burla, no. No le faltará quien le proteja; sea usted como los demás, y confíe en la suerte.

MARTÍN. Sí, al fin me convertirá usted. Si no me convierto no será porque el apóstol no tenga elocuencia.

SUSANA. ¿Usted no siente halagada su imaginación por la idea de que sean apreciados en el mundo su carácter y sus acciones? ¿Lo sacrificará usted todo a esas ideas extravagantes que nadie tiene más que usted y cuatro locos?

MARTÍN. Sí, sí, señora; yo haré todos los sacrificios imaginables por medrar y me arrastraré a los pies de los poderosos... Soy a propósito para el caso, no lo dude usted...

SUSANA. Veo que no toma usted en serio lo que he dicho; tiene usted más orgullo que los más insolentes señores.

MARTÍN. Sí, no lo niego; negarlo sería hipocresía. Yo tengo mi orgullo, y muy grande. Pero no es orgullo de raza ni de fortuna, sino de sentimientos y de creencias. Estos son mis títulos de nobleza. Y usted quiere que yo los trueque por los que enaltecen a esos caballeros que le ofrecen a usted las pastillas y los pañuelos empapados en esencias...

SUSANA. Calle usted; esos caballeros, como usted dice, sólo me inspiran el desdén más profundo.

MARTÍN. Entonces, ¿por qué me quiere usted como ellos?

SUSANA. No, como ellos, no; como ellos debieran ser, sí; pero veo que no tiene usted enmienda.

MARTÍN. No, no tengo enmienda; es preciso dejarme a la ventura. Pero ya ve usted también que para nada necesito elevarme. Esto que pasa hoy entre nosotros, ¿no le prueba a usted nada? Veo aplacados a mis enemigos, no por la fuerza ni el convencimiento, sino por la naturaleza, por la vida misma, que es mejor niveladora que la razón. Yo no puedo permanecer rencoroso cuando de esta manera se me confiesa que todos somos iguales.

SUSANA. Veo que abusa usted de mi bondad.

MARTÍN. ¿Por qué, señora?

SUSANA. Porque me dice usted cosas que no esperaba oír en boca de una persona que debía guardarme mayor respeto. ¡Retírese usted!

MARTÍN. Creo no haber dicho nada que no fuera contestar a lo que usted me decía.

SUSANA. He tenido la debilidad de entretenerme un rato oyéndole a usted. ¡Ya ha sido bastante!

MARTÍN. Ciertamente. No valía la pena de que usted me hubiera detenido; mi intención era sólo estar un momento.

SUSANA. ¡Petra, Petra!... *(Entra una doncella.)* Es usted demasiado exigente; ya le he prometido que haré cuanto pueda en favor de su pretensión.

MARTÍN. Señora, le agradezco su interés, pero no se tome grandes molestias por conseguirlo; yo lo intentaré por otras personas.

SUSANA. ¡Oh, qué impertinencia!... Acompaña a este caballero.

MARTÍN. Ya me voy, señora.

SUSANA. ¡Ah!...

MARTÍN. ¿Decía usted...?

SUSANA. Nada, nada.

MARTÍN. ¿Por qué se arrepiente usted tan pronto de ser buena? ¿Por qué no deja usted hablar a su corazón?

SUSANA. Basta, basta; mi corazón no ha hablado nada, y si hubiera hablado olvídelo usted. Buenas noches.

MARTÍN. Buenas noches.

TELÓN

ACTO CUARTO

CUADRO PRIMERO

En casa de D. Miguel.

ESCENA PRIMERA

DON MIGUEL y el MARQUÉS

D. MIGUEL. Pero, querido Marqués..., ¿está usted seguro de lo que dice? ¿No serán los celos los que le hagan sospechar lo que en realidad no existe?

MARQUÉS. ¿Los celos? Es algo que significa más de lo que pudieran significar mis celos. Algo que usted no quiere tomar en serio, por lo visto. Es el nombre de nuestra casa, de nuestra familia.

D. MIGUEL. ¡Qué solemne vienes! Pero, en resumidas cuentas, ¿qué sabes? ¿Qué has visto?

MARQUÉS. Ya sabe usted lo que desde hace tiempo se murmura en la Corte, de Susana. Se sospecha que le sucede algo, algo que ha cambiado su carácter, su modo de ser. Yo también lo sospechaba; pero no creí nunca... La otra noche, cuando advertí que a todo trance quería quedarse sola, mis sospechas aumentaron. Salí de esta casa y aceché en la calle... Ya sabe usted lo demás: vi entrar a un hombre, y ese hombre estuvo aquí más de dos horas.

D. MIGUEL. ¿Y ese hombre es uno de esos por quien ella se interesa tanto para que no les eche mano la Santa Inquisición? ¿Estás seguro?

MARQUÉS. Creo que hace usted mal en echar a broma este asunto. ¿No le dije a usted que se hablaba mucho,

que todos los conocidos hacían mil comentarios? Usted se rió entonces de mí; pues ahí tiene usted cómo la cosa era cierta.

D. MIGUEL. ¿Conque Susanilla...? Es mucho carácter... A la verdad, si lo que me dices es cierto, ello es cosa tremenda.

MARQUÉS. Le advierto a usted que su cuñado, don Juan Alvarado de Gibraleón, ya tiene noticia de ello, y me ha prometido sentar la mano a ese mozo.

D. MIGUEL. Sí, eso; eso es lo que conviene. Debe ser hombre perverso.

MARQUÉS. Un endiablado francmasón...; hay motivos para encarcelarle, como a su amigo. Hay que hacer desaparecer a ese miserable. Entretanto conviene que usted, lo mismo que su esposa, amonesten a Susana.

D. MIGUEL. Sí, sí; descuida. Y pretendía que su compañero fuera puesto en libertad...

MARQUÉS. ¡Buena les espera a los dos!

D. MIGUEL. Con la Inquisición, ¿verdad?

MARQUÉS. Con la Inquisición.

D. MIGUEL. ¡Qué gente tan perversa está apareciendo por todas partes! Estoy horrorizado. ¿Será cierto que va a haber una revolución y que...? Mejor es no pensarlo.

MARQUÉS. De ese hombre no tema usted nada, que ya le arreglaremos.

D. MIGUEL. ¿Qué pensáis hacer con él? Cuéntame, cuéntame...; quiero saber...

MARQUÉS. La Inquisición se encargará de él. ¡Pues está poco furioso el buen consejero de la Suprema!...

D. MIGUEL. ¡Pobre joven!

MARQUÉS. ¿Qué dice usted?

D. MIGUEL. No, no; bien merecido le está... Pero, vamos, que Susanita... ¿Quién podía pensarlo?

MARQUÉS. Y pensar que esta noche he de acompañarla al baile de la Pintosilla...

D. MIGUEL. ¡Ah! ¿Pero ella se empeña en ir?

MARQUÉS. Y si no la acompaño se pondría furiosa conmigo. No puedo negarle nada; me tiene fascinado; he llegado a tenerla miedo.

D. MIGUEL. Pero no conviene que os descuidéis con ese sujeto.

MARQUÉS. De ningún modo; hoy mismo le pondremos a buen recaudo. Ahora voy a enterarme si...

D. MIGUEL. Es lo más importante. En cuanto a Susanilla...,

todo será un capricho pasajero, una locura. No dejes de tenerme al corriente de todo.

MARQUÉS. Por de contado. Hasta pronto, querido tío. *(Sale.)*

ESCENA II

DON MIGUEL y ROTONDO

D. MIGUEL. ¿Ha oído usted?

ROTONDO. Todo.

D. MIGUEL. ¿Qué le dije yo a usted?... El Marqués vió entrar a ese hombre; está celoso y...

ROTONDO. Y nos sirve mejor de lo que quisiéramos. Perseguirán a nuestro hombre, se verá acorralado y será nuestro.

D. MIGUEL. Usted le prevendrá para que se ponga en salvo.

ROTONDO. Creo que nos conviene hacerlo así, porque, como usted me decía hace poco, el buen filósofo no podía haber hecho cosa mejor que agradar a Susanita. Y si él no fuera como es, es decir, un filósofo lleno de preocupaciones; si él sintiera en su pecho las cosquillas del amor, haríamos un experimento revolucionario.

D. MIGUEL. No hay que pensar en ello. Y la verdad es que mi sobrina se ha prendado de él. Vea usted qué rarezas.

ROTONDO. Por lo pronto le pondré sobre aviso, porque a poco que se descuide me lo zampan en la Inquisición, y nos hace mucha falta, ahora más que nunca.

D. MIGUEL. ¿Y después? Vamos, desarrolle usted su plan por completo; yo me mareo al oír sus admirables combinaciones de usted. Ya se ve, con esa grande imaginación que Dios le ha dado...

ROTONDO. Después es preciso ir con tiento. Si ese hombre tuviera un carácter más dócil y se dejara manejar..., vería usted qué pronto estaba todo hecho. Pero es intratable; aun así, yo pienso manejarme de tal modo que le meta de cabeza en nuestros asuntos y, así, cuando intente salir del enredo, no podrá. Le tendremos en un puño y a merced de nuestra voluntad. Ese hombre, domado, es de un valor inmenso... Es Sotillo.

ESCENA III

DICHOS y SOTILLO

SOTILLO. ¡Salud!

ROTONDO. ¿Han venido las cartas?

SOTILLO. ¡Qué cartas ni qué ocho cuartos! Ocurren cosas muy graves para pensar en cartas. Sepa usted, señor don Buenaventura, que su libertad está en un tris y que a estas horas corren por Madrid diez o doce pajarracos encargados de llevarle a dormir a la cárcel de la Villa.

ROTONDO. Parece que me van perdiendo el miedo; ya no se contentan con vigilarme, sino que quieren echarme mano.

D. MIGUEL. Yo tiemblo siempre que oigo hablar de estas cosas. Si yo pudiera esconderle a usted en mi casa...; pero comprenda usted...

ROTONDO. Vamos, di todo lo que sepas.

SOTILLO. Pues parece que en manos del prior del convento de Ocaña han caído una porción de papeles del padre Matamala; cartas de usted que podían arder en un candil, y las del arcediano de Alcaraz que estaban en cifra, y las de los tres coroneles de Aranjuez.

ROTONDO. ¿Y ese santo varón ha sido tan torpe? ¿Por qué me fiaría yo de frailes ni de canónigos?

SOTILLO. Los papeles vinieron a toda prisa a Madrid, y Godoy se jacta de haber descubierto una conspiración contra él y el trono; una conspiración dirigida por los ingleses.

ROTONDO. Si cree que podrá evitarla...

SOTILLO. Pues esa es la cosa; han dicho que no hay más remedio que buscarle a usted y a todos sus amigos.

ROTONDO. ¿Han descubierto la pista de la calle de San Opropio?

SOTILLO. No estoy seguro, pero andan tras ella. Porque ha de saber usted que hay un alguacil que ha prometido llevarle a usted esta misma noche a la cárcel.

ROTONDO. ¿A mí?

SOTILLO. Sí; lo he sabido en la taberna de la calle de Mira el Río, y a fe que me costó más de tres cuartillos

de vino averiguarlo; después dirá usted que gasto mucho; usted no sabe lo que cuesta averiguar estas y otras cosas como las que voy a decir. Y si contáramos con dinero...

ROTONDO. Digo, si contáramos con dinero... Pero ¿qué has averiguado?

SOTILLO. El sitio donde piensan atraparlo a usted, que no es en la calle de San Opropio.

ROTONDO. ¿Pues dónde?

SOTILLO. En casa de...

ROTONDO. ¿De ella?

SOTILLO. Ahí verá usted. El alguacil piensa cogerle a usted por sorpresa, entregado por la misma persona en quien tiene usted depositada toda su confianza.

ROTONDO. ¿Por ella? ¡Es imposible!

SOTILLO. Usted sabrá; de todos modos, ya está usted prevenido.

ROTONDO. No, ella no puede hacer eso; y si fuera capaz, la mataría. ¿Podemos ir a la calle de San Opropio?

SOTILLO. Allí, sí.

ROTONDO. Pues vamos.

D. MIGUEL. ¿Pero no tiene usted miedo?

ROTONDO. Todo se dispone mejor de lo que esperábamos. Ya sólo falta... dinero. Y eso, señor don Miguel, ya sabe usted cómo podemos obtenerlo.

D. MIGUEL. No, no; no hay que pensar en eso.

ROTONDO. ¿Y si todo estuviera hecho antes de que usted tuviera tiempo de pensarlo?

D. MIGUEL. ¿Qué dice usted?

ROTONDO. Señor don Miguel de Cárdenas, si ese hombre se atreviera a lo que voy a proponerle, cuente usted con que muy proto el condado de Celleruelo y su fortuna serán de usted, como debieran haber sido si esa niña se hubiera malogrado como se esperaba... Pero aun puede malograrse.

D. MIGUEL. ¿Qué dice usted? ¡No quiero pensarlo, no quiero pensarlo!

ROTONDO. Hasta muy pronto, señor conde de Celleruelo.

D. MIGUEL. Me asusta usted, señor don Buenaventura.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

En casa de Rotondo.

ESCENA ÚNICA

MARTÍN y ROTONDO

ROTONDO. ¡Cuánto me alegro de verle a usted! Precisamente necesitaba hablar con usted para ponerle sobre aviso. Sé que le tienen a usted destinado a pasar unos días en la Inquisición, para que descanse allí de su agitada vida.

MARTÍN. Ya lo sé; pero felizmente...

ROTONDO. ¿Por quién lo sabe usted?

MARTÍN. Por ellos, que ahora estarán registrando mi casa y mis papeles. He podido escapar por milagro.

ROTONDO. ¡Ah!, ¿ya le han ido a visitar a usted? ¡Qué puntualidad!

MARTÍN. Puesto en salvo, yo les juro que he de vender cara mi vida.

ROTONDO. Pues, amiguito, a mí me pasa lo mismo. También a mí me persiguen, y hay quien ha prometido entregarme esta noche mismo, vivo o muerto.

MARTÍN. Nadie me puede acusar del más pequeño delito; no he ofendido a ningún ser vivo, y me veo perseguido, amenazado de muerte por ocultos enemigos.

ROTONDO. Es horrible; y se espantarán de que haya hombres de ánimo valeroso que se propongan acabar con todo esto. Ya recordará usted lo que hablamos a poco de llegar usted a la Corte.

MARTÍN. Sí. Y usted creía lo más oportuno llegar a ese fin por medio de la astucia, cuando yo le decía que no había otro recurso que la fuerza.

ROTONDO. Es verdad que entonces dije eso, y aún lo sostengo. Es que usted no conoce la tierra que pisa. Si aquí nada se logra, consiste en que los que desean una misma cosa no se ponen de acuerdo. ¿Vacilará usted en asociar su esfuerzo a los esfuerzos de los demás?

MARTÍN. No; allí donde esté uno que jure el exterminio de tantas infamias, allí estaré yo, cualquiera que sea el medio... Las circunstancias me han redu-

cido a la desesperación; tengo que vivir oculto, tengo que hacer la vida de los facinerosos, mentir por sistema, engañando a cuantos me rodean, para poder burlar esta inicua persecución. ¿Qué podemos hacer de esta sociedad? Luchar contra ella hasta que acabe de una vez con nosotros o acabemos con ella.

ROTONDO. La obra es grande, pero menos difícil de lo que parece cuando hay hombres como usted. Lo que conviene ahora es esperar, esperar...

MARTÍN. Esperar... Yo que creía conseguir de esa familia aborrecida la libertad de Leonardo... Usted se equivocó al aconsejarme que implorase su protección. Yo acerté al desconfiar de esa gente, a la que sólo debo la prisión de mi padre, las desventuras de nuestra familia. Bien se han burlado de mí... Esa mujer sólo obedece a ciegos instintos, y de ella procede sin duda esta persecución inicua; de ella, que se goza en verme humillado por sus coqueterías y sus caprichos, como si yo fuera uno de esos imbéciles petimetres que la rodean.

ROTONDO. Pues mis noticias son que ella ha concebido una repentina y violenta pasión por usted.

MARTÍN. Hay seres en cuyo corazón no es posible deslindar el amor del odio; más que amor, sienten pasajeras impresiones, que suelen resolverse en un rencor despiadado y vengativo. Esas personas de extremado orgullo hacen pagar cara la flaqueza de haber sentido inclinación hacia alguno... Ella, ella ha sido...

ROTONDO. No lo creo.

MARTÍN. Pero yo sé lo que tengo que hacer.

ROTONDO. ¿Qué ha pensado usted?

MARTÍN. A esa gente es preciso tratarla como se merece.

ROTONDO. ¿Alguna venganza?

MARTÍN. Sí; pienso apoderarme de ella y anunciar a la familia que no podrá rescatarla mientras Leonardo no sea puesto en libertad.

ROTONDO. ¿Un secuestro?

MARTÍN. Sí; yo sabré apoderarme de ella, sea como sea.

ROTONDO. Sí; ese medio... Pero es peligroso, es dificilísimo.

MARTÍN. No tan difícil, si encuentro quien me ayude.

ROTONDO. Si usted consigue llevar a cabo ese propósito, es seguro que verá libre a Leonardo. ¿Se cree usted con fuerzas?

MARTÍN. Para eso y mucho más.

ROTONDO. Pues bien: yo voy a proporcionarle a usted la ocasión.

MARTÍN. ¿Cuándo?

ROTONDO. Esta misma noche.

MARTÍN. ¿Dónde?

ROTONDO. En un sitio a que concurrirá Susanita, y donde será muy fácil lo que usted intenta.

MARTÍN. ¿Y qué sitio es ése?

ROTONDO. Ella va esta noche a cierto baile de candil en los barrios bajos...

MARTÍN. Recuerdo, en efecto, que don Lino me habló de ese baile; pero la familia se oponía a que fuera.

ROTONDO. Irá.

MARTÍN. ¿Está usted seguro?

ROTONDO. Sí. Vea usted cómo le proporciono la satisfacción de su deseo. No sin cierto egoísmo, se entiende. Desde hoy usted será de los míos. Esta casa es a propósito para ocultarse y ocultarla... Ha sido mi refugio desde hace mucho tiempo, y lo será más ahora cuando me persiguen por todas partes.

MARTÍN. ¿También a usted?

ROTONDO. Sí; soy la pesadilla de cierto elevado personaje... ¡Y qué gustazo le daría si me dejara coger!

MARTÍN. ¿Y qué hará usted para evitarlo?

ROTONDO. Esta madriguera no la han descubierto todavía... Y si la descubrieran... Sígame usted. Siempre tendremos por donde escapar.

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Baile de candil.

ESCENA PRIMERA

LA PINTOSILLA, DAMIANA y PACO PEROL

PINTOS.ª Pon en ringlera esas botellas y tapa la bandeja de los bartolillos con un papel o con un trapo que no esté muy sucio, y que traigan más ban-

quetas, que vendrá un sin fin de gente y no habrá acomodo para todos.

DAMIANA. ¿Vendrán muchas usías?

PINTOS.ª Lo más principal. Deja a un lado la guitarra, Paco Perol, que ahora no se la llevará nadie. ¿Y Pocas Bragas?

PEROL. De seguida viene. Quedó afeitándose y poniéndose de limpio, que ya sabe él lo que es tu casa.

DAMIANA. Si no acaba la fiesta como de costumbre...

PINTOS.ª No lo permita Dios..., que no quiero ruidos en mi casa.

ESCENA II

DICHOS y ROTONDO

ROTONDO. ¡Pintosilla!...

PINTOS.ª ¡Buenaventura!... ¿Cómo vienes tan temprano? No te esperaba.

ROTONDO. Tengo que hablar contigo dos palabras.

PINTOS.ª Tú dirás.

ROTONDO. Mírame cara a cara.

PINTOS.ª ¡Jesús!... ¿Es tragedia?

ROTONDO. No; es... Sin rodeos: es que me han dicho que tú ibas a entregarme esta noche a la Justicia, aquí, en tu casa.

PINTOS.ª ¿Quién te ha dicho eso?

ROTONDO. No te importa. Pero si eso fuera...

PINTOS.ª Merecías que fuera verdad por haberlo creído. Oye tú acá: la Pintosilla, cuando da su querer a una persona y esa persona corresponde, se deja matar por ella.

ROTONDO. Así te quiero.

PINTOS.ª Los que te han ido con esa historia podían haberse enterado mejor. Es verdad que un alguacil vino a verme y quiso sonsacarme... Pero, vamos, que ni por el pensamiento se me ocurrió que el alguacil se saliera con la suya... Y ahora no debía mirarte a la cara, por haber puesto en duda mi lealtad contigo... ¿Ande te metes ahora? ¿Cuándo es esa revolución que nos libre del Choricero?

ROTONDO. Más pronto de lo que nadie se figura. Gracias, Pintosilla, y hasta luego, que volveré con unos amigos.

PINTOS.ª Hasta luego. Ya va llegando la gente. *(Sale Rotondo.)*

ESCENA III

LA PINTOSILLA, DAMIANA y PACO PEROL. Entran POCAS BRAGAS, MAJAS y MAJOS.

PINTOS.ª Pasen ustedes... ¡Hola, Froilana!... ¿Qué tal, Pocas Bragas?

UN MAJO. Acá está lo bueno...

DAMIANA. Pero hay pocos instrumentos. Tú, Pocas Bragas, ¿por qué no te has traído la guitarra?

UNA MAJA. Denguno toca como él: sabe hasta el minueto, que lo aprendió en el presillo.

POC. BRAG. ¿Qué es eso de presillo? No me enriten, que ca uno tié sus recovecos en la conciencia. Pintosilla, yo que usté trajera la orquesta de los tres coliseos. *(Entra más gente.)*

PINTOS.ª Buenas noches... Acomódense ande puedan.

DAMIANA. ¿Pero adónde están los usías que dijiste que venían a tu casa esta noche?

PINTOS.ª Ya vendrán... Oye, me parece que llaman...

ESCENA IV

DICHOS. Entran SUSANA, el MARQUÉS y DON NARCISO

PINTOS.ª Vengan usías muy enhorabuena a honrar esta casa.

SUSANA. Qué obscuro está esto.

MAJA. Pues que le traigan el teneblario de Jueves Santo.

D. NARC.º Una silla para la señora Condesa.

PINTOS.ª Naranjera, levántate tú, que estás ahí muy aparranada.

NARANJ.ª ¿Que me levante yo? Pa eso hemos sío las primeras.

MAJA. Que se hubieran traído el estrado de su casa los usías del ole.

D. NARC.º ¡Qué gentuza!

SUSANA. Pluma, búsqueme usted una silla.

MARQUÉS. ¿Por qué habremos venido?

DAMIANA. ¿Quié usté quitarse del corrillo, que nos estorba?

MAJO. Ahí va una silla.

MAJA. A ver si nos descalabra.

D. NARC.º No se acerque usted tanto, que va usted a estropear el vestido a la señora.
MAJA. Se hubiea estado en su casa.
NARANJ.ª Pues es poco espetada la madama...
MARQUÉS. No sé cómo gustas de la compañía de esta gente.
SUSANA. Me divierte.
MARQUÉS. Tener que oír tanta grosería...
SUSANA. La grosería es lo que está más cerca de la verdad.
MARQUÉS. Está bien, hija mía.
DAMIANA. Ya me ha dado usté dos pinchazos con el demonche del espadín.
D. NARC.º Pues aguantarse; ¿no ve que no puedo moverme?
MAJA. ¡Caramba con los usías! ¿Quién los mandará venir a estas funciones?
DAMIANA. ¡Eh, so espantajo! ¿Quié usté quitarse de en medio?
D. NARC.º Ustedes perdonen.
MAJA. Mucha fachada y poca substancia.
DAMIANA. Si tié cara de espital.
D. NARC.º ¡Huy, qué gentualla!
PEROL. A bailar y fuera disputas.
DAMIANA. Pa otra vez estaremos mejor sin usías.
PINTOS.ª Eso no es cuenta tuya, que yo soy reina en mi casa y convido a quien me da la real gana, y el que no quiera verlo que se plante en la calle.
DAMIANA. Too es por el orgullo y el aquel de decir que viene a tu casa gente de tono.
PINTOS.ª Poquito a poco y cuidao con la lengua...
MARQUÉS. Ya ves entre qué gente nos hemos metido.
PINTOS.ª Vamos callando, que se me llenan las narices de mostaza y arreparen que están en mi casa.
DAMIANA. Como que estoy por tomar la puerta... Miren la soberbiona, que hasta ayer era...
PINTOS.ª Gomita la palabra, y si no, aquí tengo yo unas tenazas.
DAMIANA. Si no tengo ganas de reñir contigo...
PINTOS.ª Ni yo con una castañera de esquina.
DAMIANA. Y a mucha honra, que si no soy de portal es porque no tengo arrimo... como otras...
PINTOS.ª A ver si me doy un paseo por tus costillas.
DAMIANA. Ven si te atreves...
PEROL. Señoras, señoras, haya juicio y decencia y suenen las guitarras y a bailar todo el mundo...
VOCES. Eso, eso...
UNO. Pues a ver una tirana...
OTROS. Unas seguidillas...

D. NARC.º ¿Ha visto usted? Este es uno de los que estuvieron aquel día en la Florida.

SUSANA. Sí.

MARQUÉS. ¿Aquí ese hombre? Vámonos en seguida.

SUSANA. De ningún modo; ahora menos que nunca.

SOTILLO. Con tu permiso, Vicenta. Aquí traigo a estos amigos, que desean conocer esta sociedad.

MARQUÉS. Vámonos, vamos de aquí.

SUSANA. ¿Irnos? Estoy muy bien aquí... Ya empiezan a bailar...

VOCES. ¡A bailar! ¡A bailar!

ROTONDO. Por esta puerta hemos de salir... Tú te encargas de todo.

SOTILLO. No hay cuidado.

PINTOS.ª ¿Y usted no baila, caballero?

MARTÍN. Sí, señora.

PINTOS.ª Pues ya, habiendo aquí tan buenas majas, ¿a cuál saca usté?

MARTÍN. A ésta.

VOCES. ¡Bravo! ¡Bravo!...

PINTOS.ª Eso es picar alto.

MARTÍN. ¿Acepta usted?

SUSANA. Con mucho gusto.

MARQUÉS. ¡Susana!... ¡Canalla!...

MARTÍN. ¿Qué dice usted? *(Gritos, confusión.)*

ROTONDO. ¡La Justicia! ¡Quieto todo el mundo!...

VOCES. ¡Favor!... ¡Socorro!... ¡Que me matan!... ¡Que traigan luces!...

ROTONDO. ¡Este es el momento!... ¡Aquí, Sotillo!...

MARQUÉS. ¡Susana!... ¿Dónde está Susana?...

PINTOS.ª ¡Luces!... ¡Socorro!... ¡Que se han llevado a una mujer!...

TELÓN

ACTO QUINTO

CUADRO PRIMERO

En casa de D. Miguel.

ESCENA ÚNICA

DON MIGUEL y ROTONDO

D. MIGUEL. ¡Cuánto ha tardado usted! Estoy con una ansiedad...

ROTONDO. ¿Por qué? El asunto estaba en buenas manos. Todo salió bien.

D. MIGUEL. ¿Y está segura?

ROTONDO. Por ahora, sí; se nos persigue con ahinco. El inquisidor, el Marqués... Ustedes mismos han revuelto a todos los alguaciles de la Corte.

D. MIGUEL. Figúrese usted. Cuando mi esposa y su hermano, y el Marqués, y don Narciso Pluma vinieron a decirnos lo que había ocurrido...

ROTONDO. Ya, ya...

D. MIGUEL. Yo me puse enfermo... No pude salir de casa; ya se lo dije a todos: Conmigo no contéis para nada.

ROTONDO. Ya, ya...

D. MIGUEL. ¿Sabe usted que fué excelente la idea de fingirse usted mi peluquero? Así ha podido usted entrar y salir en esta casa sin infundir sospechas.

ROTONDO. El mismo sistema he adoptado en una gran parte de las casas adonde concurro para estos asuntos.

D. MIGUEL. Pero no hay tiempo que perder. ¿Cómo está Susana?

ROTONDO. Aquella casa no es un palacio; pero por unos días...

D. MIGUEL. Bien decía usted que ese don Martín nos daría resuelta la cuestión. Y él, ¿qué piensa hacer?

ROTONDO. Está decidido a no entregarla mientras su amigo no sea puesto en libertad.

D. MIGUEL. ¿Y si le ponen en libertad?

ROTONDO. No hay cuidado; ya está previsto el caso.

D. MIGUEL. Entonces...

ROTONDO. Paciencia, don Miguel, paciencia; usted verá cómo ese hombre va a hacer un experimento revolucionario. Ella le ama, él no puede aspirar a su mano, pero el día menos pensado puede llevársela por esas tierras... Ya verá usted cómo halla al fin satisfacción a sus agravios por ese camino.

D. MIGUEL. Pero si él no la ama, si sólo busca una venganza, la abandonará pronto, y Susana aparecerá en nuestra casa cuando menos lo esperemos.

ROTONDO. No; es demasiado orgullosa para sobrevivir a su deshonra. Y si así no fuera, todo está previsto.

D. MIGUEL. No, no. ¿Qué ha pensado usted?

ROTONDO. Susana no puede volver a esta casa. Yo no quisiera que don Martín nos pusiera en el caso de hacer una atrocidad...

D. MIGUEL. Pero si él se entera de que ha servido sin quererlo nuestros intereses y la pone en libertad...

ROTONDO. Eso corre de mi cuenta; yo respondo de que Susanita no volverá a aparecer.

D. MIGUEL. Me da miedo pensarlo; pero ¿está usted seguro?

ROTONDO. Sotillo se ha encargado de todo; ya sabe usted que es hombre de arrestos.

D. MIGUEL. Yo tengo mucho miedo; me parece que Dios nos va a castigar.

ROTONDO. ¿Acaso la hemos secuestrado nosotros?

D. MIGUEL. No, no... Pero esa seguridad que usted muestra de que no ha de aparecer, me indica que tiene usted algún proyecto terrible.

ROTONDO. Fuera hipocresías, señor don Miguel; usted no desea otra cosa. Necesitamos dinero; usted lo sabe. Hay que derribar a Godoy. La Junta de Toledo sólo espera órdenes y dinero; dinero ante todo. Usted sabe que no hay otro medio de tenerlo. Sí, usted es dueño de la fortuna de su hermano. Ahora mismo yo necesito..., usted sabe.

D. MIGUEL. Sí, sí; pero hasta tener la seguridad...

ROTONDO. Señor don Miguel, esté usted seguro de que a estas horas es usted el único heredero de su hermano, el señor conde de Celleruelo.

D. MIGUEL. ¡Qué horror!

ROTONDO. Lo que yo dudo es de que cumpla usted conmigo como yo cumplo con usted. Hay mucho dinero, pero se gasta mucho; no tiene usted idea de lo que se ha repartido.

D. MIGUEL. Sí, sí; yo daré esa cantidad que usted necesita...; pero sin saber antes...

ROTONDO. No tardará usted en saberlo.

D. MIGUEL. ¡Qué horror! Pobre Susanita.

ROTONDO. ¿Qué la esperaba después de su deshonra?...

D. MIGUEL. Es verdad, es verdad. Y su padre, mi pobre hermano, se morirá de pena. ¡Cuánta desgracia en una familia! Oigo la voz de mi mujer; salga usted. *(Entra D.ª Juana.)* ¿Qué se sabe? ¿Qué se ha averiguado?

D.ª JUANA. Nada, nada. Es horrible; ha caído en poder de esos bandidos; la matarán. Es horrible...

D. MIGUEL. No me digas nada, no quiero saber nada... Yo me muero, me muero.

D.ª JUANA. Y su pobre padre, cuando sepa..., se muere del disgusto.

D. MIGUEL. No me digas nada... Yo también voy a morirme... No quiero pensar en nada, no quiero pensarlo.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

En casa de Rotondo.

ESCENA ÚNICA

SUSANA y después SOTILLO

SUSANA. ¿Quién viene? ¡Martín! *(Con pasión.)* ¡Sí, él! ¡Ah! ¡Socorro! *(Entra Sotillo.)*

SOTILLO. No grites. Nadie ha de oírte.

SUSANA. ¿Vas a matarme?

SOTILLO. ¡Qué guapa eres!

SUSANA. Bien; pero ¿yo qué he hecho? ¿Qué he hecho yo?

SOTILLO. Yo no sé nada. Eso preguntéselo a... Yo no sé nada. Yo vengo..., bueno.

SUSANA. ¿Martín me quiere matar? ¿Es Martín?

SOTILLO. No, no es ése.

SUSANA. Déjeme usted salir; déjeme usted salir. Soy rica; mi familia es muy rica. Se dará a usted cuanto pida. Déjeme usted salir.

SOTILLO. No, no es eso. No puede ser. No he venido para eso.

SUSANA. Pero Martín, ¿dónde está Martín? No; él no es capaz de este crimen. No puede ser.

SOTILLO. Basta. Es preciso despachar antes de que él venga. A eso he venido, y..., ¡por vida, eres tan guapa!... No te asustes; en vez de agradecerme que en este instante no haya despachado... No vuelvas la cara. Si no te mato. Pierde el miedo.

SUSANA. No, no. Prefiero mil veces la muerte. ¡Socorro! ¡Suelta! ¡Suelta! ¡Infame! ¡Malvado! ¡Ah! *(Entra La Zarza.)*

SOTILLO. ¡Por vida!... El loco...

LA ZARZA. Princesa de Lambrall, este malvado quiere asesinarte. Sólo al pueblo, por medio de la ley, le corresponde daros muerte. Y tú, traidor, que deshonras con el crimen la causa de la Igualdad, ya te conozco aunque ocultes el rostro. Tú deshonras la Revolución. Que muera, sí; pero no a manos de una horda de salvajes. La ley, cúmplase la ley. Yo te entregaré a la ley, desgraciada princesa; pero no temas a estos sicarios infames. Ven y te enseñaré cómo se castiga a los traidores.

SOTILLO. ¡Suelta, loco!

LA ZARZA. ¡No, no suelto!

SUSANA. ¡Ah! ¡Qué horrible! ¡Martín! *(Entra Martín.)*

MARTÍN. ¿Qué es eso? ¿Quién era ese hombre que huía, que huyó más presuroso al verme llegar?

LA ZARZA. ¡Ah! ¿Eres tú, querido Robespierre? Qué a tiempo vienes. Una horda de salvajes quería inmolar a los prisioneros que tengo encargo de custodiar en la Abadía. Siempre el mismo Ever; ése es el que deshonra a los jacobinos y mancha con la sangre el más alto ideal.

SUSANA. ¡Martín! ¡Martín!

MARTÍN. Bien, déjame ahora. Tengo que hacer. Espérame allí.

LA ZARZA. ¿En la Convención?

MARTÍN. Sí, sí, espera.

LA ZARZA. Desdichada princesa. Cúmplase la ley; pero el crimen, no; el crimen, no. *(Sale.)*

SUSANA. Es usted, ¡usted por fin! Esperaba verle. Ya me creía muerta. No sé cómo he podido resistir a tantos horrores.

MARTÍN. ¿Quién ha estado aquí?

SUSANA. ¿Quién? Un hombre que decía tener el encargo de matarme. Me ha salvado ese que vive en esta casa y parece loco.

MARTÍN. Y ese hombre, ¿qué señas tenía?

SUSANA. Es de los que me trajeron aquí con usted. Y ahora, dígame usted de una vez si estoy en una guarida de bandidos. Si piensan ustedes pedir alguna cantidad por mi rescate, mi padre es rico y se lo dará. Mi padre es rico...

MARTÍN. No, no me apoderé de usted por esa razón.

SUSANA. Entonces..., ¿es que intenta usted matarme para vengarse de mi familia?

MARTÍN. Tampoco. Si fuera lícita la venganza, los agravios que yo he recibido de la familia de usted no quedarían compensados con unas horas de prisión.

SUSANA. ¿Unas horas? Entonces..., ¿va a ponerme en libertad?

MARTÍN. Sí.

SUSANA. ¿Y no me dice usted la razón de este crimen que ha cometido usted?

MARTÍN. ¡Crimen! No encuentran otra palabra para calificar nuestros hechos, después que nos impulsan a ellos. Acepto la calificación, porque mi conciencia pierde cada día uno de sus escrúpulos. Acepto el nombre de criminal.

SUSANA. No puede usted disculpar esta infamia.

MARTÍN. No lo pretendo tampoco. Usted no se acuerda más que de sí misma. No ve más injusticias que las cometidas con usted. Ha estado unas horas privada de las comodidades de su casa, de la conversación de sus amigos... Ya me figuro la consternación del buen inquisidor y de su familia al ver arrebatada de su casa una persona querida; vivir expuestos a disgustos de esa clase, cuando la Humanidad es tan feliz dominada por ellos, cuando no hay injusticias ni dolores en esta sociedad que ellos han hecho a su gusto, en el mejor de los mundos. Sí, ha sido un crimen, un horrible crimen.

SUSANA. Desde que me conoció usted, no tuvo otro intento que humillarme. No ha creído usted satisfecho su deseo hasta cometer una acción como ésta, que quiere disculpar con agravios que antes había recibido.

MARTÍN. Yo no he pretendido humillarla a usted. Ni mucho menos, cuando usted se ha humillado hasta mí sin que yo me tomara ese trabajo.

SUSANA. ¡Cómo! ¿Yo?

MARTÍN. ¿Usted no sabe lo que dicen las personas que frecuentan su casa? Pues dicen llenos de admiración y de espanto que usted ha tenido el capricho de amarme, y los muy imbéciles no cesan de hacer mil aspavientos asegurando que esa pasión es la mayor deshonra que podía caer sobre una familia.

SUSANA. Y dicen que yo...

MARTÍN. Usted lo sabe, usted. Yo, por mi parte, la he juzgado de diversas maneras; pasajeros arrebatos de sensibilidad que lo mismo conducen a un amor imaginario que a un rencor caprichoso, no son otra cosa que coqueterías para entreteni miento de los socios del estrado y de la tertulia.

SUSANA. No me hable usted así. Más debería usted sentir hacia mí agradecimiento que ese vivo rencor que yo no he merecido de nadie, y de usted menos.

MARTÍN. No siento ya rencor. Yo me apoderé de usted con el solo objeto de conseguir la libertad de mi pobre amigo. En mi deseo no atendía a la gravedad del hecho; usted personalmente no me inspiraba más que una absoluta indiferencia.

SUSANA. ¿De modo que no he sido más que un instrumeto de sus crímenes?

MARTÍN. No para cometer un delito. Para evitarlo.

SUSANA. ¿Y se ha evitado? ¿Está ya en libertad su amigo de usted?

MARTÍN. No. Pero ya no importa. Yo espero entrar en su cárcel y librarle sin auxilio de nadie.

SUSANA. ¿Usted?

MARTÍN. Sí, yo mismo.

SUSANA. ¿Tanto poder tiene para eso?

MARTIN. Para eso y para mucho más. La casualidad ha puesto en mis manos los medios para conseguirlo.

SUSANA. Sí, ya comprendo. Se ha dejado usted seducir

por los fernandistas. Como aseguran que muy pronto habrá trastornos en España, se aprovechará usted de ellos para hacer alguna atrocidad.

MARTÍN. No, yo no sirvo a los fernandistas. Los conozco demasiado, y son ambiciosos y vulgares y malvados hipócritas. Sé que preparan una traición, pero no son ellos los que se servirán de mí. Soy yo el que ha de servirse de ellos para algo más grande. Para algo que a ellos les espantaría si lo sospecharan. Ellos sólo piensan en un motín, en un trastorno, como usted decía. Yo quiero algo más. Una revolución. Una sociedad nueva. Un mundo mejor.

SUSANA. Siempre me pareció usted temible; nunca me ha parecido usted tan exaltado. Comprendo que infunda usted miedo. Sólo piensa en destruir.

MARTÍN. No es que desee yo el mal de nadie. Yo me inspiro en el bien. Una sed inextinguible, furiosa si usted quiere, del bien es lo que enardece mi espíritu.

SUSANA. Pero usted sucumbirá en esa lucha; serán más fuertes que usted y se defenderán. Ahora mismo, si mi familia descubre dónde estoy y viene y le hallan aquí, ya puede considerarse para siempre vencido.

MARTÍN. Es verdad. Yo camino por una senda rodeada de profundos abismos; pero tanto y tanto peligro no me quitarán las ideas de intentar lo que sueño.

SUSANA. ¡Quién sabe! Tal vez no sea una locura. Tal vez esté destinado que todo eso a que usted aspira sea realidad algún día. Yo tengo también el presentimiento de que algo se prepara que ha de trastornar el mundo. Yo no entiendo de ciertas cosas; pero me parece... Yo creo que el mundo debiera ser de otro modo, y no es de ahora esta idea mía. ¡Si viera usted cuántas horas de aburrimiento y de tristeza he pasado viendo desfilar ante mí la turba de galanes ridículos, de abates despreciables, de señores ignorantes y soberbios, y me he preguntado: ¿Pero no hay más hombres que éstos en el mundo? Y yo pensaba: En otra parte debe haberlos mejor, que yo no conozco. Esto no puede ser así, y si así es, es preciso que alguien venga y lo trastorne todo. Ese todo ha sido en mí una idea confusa, semejante a lo que se recuerda de los sueños muy obscuros y leja-

nos. Nunca he hablado de esto con nadie. Hoy..., qué sé yo. Me parece que estoy más lejos del mundo en que he vivido. También esto me parece un sueño; pero si usted supiera que este sueño de ahora es la única verdad de mi vida...

MARTÍN. Por primera vez la oigo hablar a usted con el corazón, y ha dicho cosas que nunca me han producido igual emoción ni en boca de otros ni al pensarlas yo mismo. En un momento se ha despojado usted de sus preocupaciones de raza y de educación, para mostrarme lo que antes no había sospechado nunca que existiera.

SUSANA. Sí, sí. Por eso al oírle a usted por primera vez me pareció que recordaba algo, y también admiré en usted el valor que se necesita para ser una excepción entre todos, y decía yo: Por fuerza ha de ser cierto lo que este hombre dice.

MARTÍN. ¡Cuánto vale para mí esa revelación! Pero... si así me juzgaba usted, ¿por qué aparentó odiarme? ¿Por qué me ha perseguido usted con su odio?

SUSANA. Usted quiso humillarme. Yo me avergoncé de haberle admirado; deseaba despreciarle. Yo no podía consentir que usted me tratara como igual, y he padecido mucho. Ya sé que ahora recibo el castigo de faltas que yo no he cometido; porque usted triunfará. Sí, lo creo. Usted triunfará. Yo, en cambio, he caído para siempre. Dada mi posición, mi nombre, todo esto es como una muerte para mí. Todos supondrán una deshonra que no existe. Seré despreciada por los míos, y siempre llevaré sobre mí una afrenta que nadie podrá borrar.

MARTÍN. ¿Y qué importa el juicio de personas frívolas, incapaces de sentir ni aun de soñar lo que usted siente?

SUSANA. Sí, mi conciencia está tranquila. Acaso por primera vez estoy satisfecha de mí misma; pero tengo al mundo un apego que no sabré vencer. Voy a vivir una vida de desesperación, de vergüenza, afrentada por el desprecio de todos. Me destinarán a un convento, donde moriré lo mismo que usted se hubiera muerto enterrado en la Inquisición.

MARTÍN. Pues bien: no vuelva usted a su casa. No vuelva usted con su familia, con los suyos.

SUSANA. ¿Que no vuelva?

MARTÍN. Aun cree usted que no somos iguales. Teme usted más la ignorancia y las preocupaciones de los demás que sus propios dolores. Usted me ha descubierto en su alma tesoros que yo no conocía. Oyendo a usted esta noche he creído percibir un eco de mi propia voz en la suya. Acabe usted de mostrarme su gran corazón y su gran carácter.

SUSANA. ¿Cómo?

MARTÍN. No separándose de mí. Usted no se atreve; sería un heroísmo del que usted no es capaz. Desde este instante ya no es ni podrá ser para mí lo que antes era. Todos los agravios están perdonados, y usted ha redimido a todos los suyos. Aborrecido, despreciado de todos, mi vida ha encontrado en usted un reposo, un estímulo para seguir adelante en mi jornada. Sólo con esto ya habría conseguido una gran victoria. Me parece que al asegurar mi felicidad se destruye la obra de ciên siglos. Usted, que conoce de qué manera sé aborrecer, podrá comprender de qué modo sé amar.

SUSANA. Yo volveré con mi familia. Más tarde, yo, por mi propia voluntad, libremente, renunciaré a todo. Iré en busca de lo único que me queda en el mundo. La única verdad de mi vida.

MARTÍN. ¿Tendrá usted valor?

SUSANA. Tendré momentos de duda; pero mi corazón podrá más que todo.

MARTÍN. Yo parto a Toledo esta noche.

SUSANA. Yo iré a encontrarle a usted.

MARTÍN. ¿Lo jura usted?

SUSANA. Lo juro, sí.

MARTÍN. Pues ¿qué mayor victoria? No son las ideas; es el corazón el que triunfa. Al oírla a usted me parece que aquella clase que tanto odié reconoce sus agravios y baja a pedirme perdón, no a mí, que nada valgo: a los míos, a los de mi clase, al santo pueblo, ansioso de ser amado después de tantos siglos de humillación. Yo comprendo que el odio no resuelve nada, ni cura ninguna herida, ni dulcifica ninguna pena. Los hombres no han de ser iguales destruyéndose. No habrá igualdad en el mundo sino por el amor. ¿Quién viene a estas horas?

SUSANA. ¡Rompen la puerta!

MARTIN. Si son muchos... No puede ser más que la Justicia.

SUSANA. ¡Huya usted! ¡Han descubierto que estoy aquí y vienen a salvarme! ¡Huya usted! Pero ¿por dónde?

MARTÍN. Puedo salir por otra puerta que da a los Pozos de la Nieve.

SUSANA. ¡Huya usted! ¡Huya usted! Ya estoy segura.

MARTÍN. Si fui yo mismo el que les dió aviso...

SUSANA. ¿Usted?

MARTÍN. Yo, sí. Ya está usted libre. Ahora, adiós para siempre.

SUSANA. ¡No; espéreme usted! ¡Lo he jurado! ¡Espéreme usted!

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Una calle en Toledo.

ESCENA I

ROTONDO, DON FRUTOS y otros CONJURADOS

ROTONDO. Usted marche a Aranjuez en seguida. Yo vuelvo a Madrid. Aquí ya no hay que hacer nada. Todo se ha perdido.

D. FRUTOS. Y decía usted que ese hombre sería el alma de la revolución...

ROTONDO. Yo nunca creí que se atreviera a tanto. Sólo le seguirán cuatro locos desharrapados, y aun esos mismos, cuando se vean perdidos, se volverán contra él. El siempre fué exaltado y por eso me pareció a propósito para levantar a los reacios; pero nunca creí que llegara a ese extremo. Yo creo que ha perdido la razón. Sólo habla de incendiar y de destruir y se atreve a las cosas más santas. Los militares, las personas de clase se han retirado espantados de la Junta. Tales cosas ha dicho. Al pueblo también le han hecho creer que sólo tratábamos de incendiar la catedral para sa-

quearla, y todos se han vuelto en contra nuestra. Si en Aranjuez nos vencen, ya podemos huir de España. Y mucho me temo que hayan salido emisarios a estas horas y den aviso de lo que aquí sucede. ¿Oyen ustedes? Esa gente perdida que les sigue, alborota y grita; pero no tardarán en volver acosados por la tropa.

D. FRUTOS. Están muy lejos, hacia la Judería.

ROTONDO. Sí, allí, en el centro del motín. Allí aun podrán defenderse. Yo no espero ya nada. En mala hora me fié de ese loco, que ha creído que se trataba de hacer una revolución en serio. ¡Cualquiera piensa en revoluciones! Digo, hay tiritos. Monten ustedes a caballo, y a Aranjuez pronto. Yo veré el medio mejor de volver a Madrid esta misma noche. Allí nos juntaremos muy pronto si Godoy no puede más que nosotros. ¡Hasta cuando Dios quiera y como Dios quiera! *(Salen todos.)*

ESCENA II

SUSANA y DON LINO

D. LINO. ¡Señora, por Dios!... Ya fué locura venir a Toledo, y mayor locura en mí acompañarla a usted; aunque, como usted dice, se trata de salvar la vida a ese hombre, que está vendido por todos; pero andar a estas horas por estas calles, por estos laberintos, cuando la gente anda alborotada...

SUSANA. ¡No; sígame, sígame! ¡He de verle! ¡He de verle!

D. LINO. Pero, señora condesa, escóndase por lo menos. Vea usted qué gente. Debe ser gente muy mala.

VOCES. *(Dentro.)* ¡Traición! ¡Traición! ¡Traición! ¡Nos han hecho traición! ¡Muera! ¡Muera! ¡Muera! *(Entra Martín.)*

MARTÍN. ¡Dejad que huyan los cobardes! ¡Nos bastamos nosotros! ¡Incendiad! ¡Arrasadlo todo! ¡Hay que destruir! ¡Destruir sin piedad! ¡Nadie me sigue! ¡Iré yo solo, iré yo solo!

SUSANA. ¡Es él! ¡Martín!

D. LINO. Martín, ¿usted aquí?

VOCES. *(Dentro.)* ¡Matadle! ¡Matadle! ¡Matadle! ¡Nos han hecho traición!

SUSANA. ¿Qué dice esa gente? ¡Quieren matarle a usted! ¡Huya usted! ¡Huya usted!

MARTÍN. ¡Yo! ¿Yo huir? ¡Yo soy el dictador! ¡Yo mando en todos! ¡Matad sin piedad!

SUSANA. ¿Qué dice, Martín? Lo había jurado y estoy aquí para siempre, sea lo que sea de nosotros.

MARTÍN. ¿Tú quién eres? ¿Tú quién eres?

VOCES. *(Dentro.)* ¡Matadle! ¡Matadle!

D. LINO. ¿Pero no oyen a esos hombres? ¡Huyan ustedes! ¡Por favor, señora condesa!

SUSANA. ¡No! ¡Déjeme usted! ¡Déjeme usted!

MARTÍN. ¿Quién eres tú? ¿Quién eres tú?

SUSANA. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Está loco!

MARTÍN. Ya te conozco, infame aristócrata, que intentas seducirme. Yo soy el pueblo. El pueblo santo. Vuestro reinado ha concluído. El día de mi poder ha llegado. Te condeno a muerte.

SUSANA. ¡Martín! ¡Está loco! ¡Está loco!

MARTÍN. No me engañan tus promesas de amor. No cabe amor entre nosotros. ¡Odio eterno, odio inextinguible! ¡A muerte, a muerte! Mira: es la ruina de todo. Ruina por todas partes. El incendio de la vieja ciudad imperial. Sus resplandores es como luz de aurora.

D. LINO. ¡Vuelven más! ¡Huyamos, señora condesa, huyamos!

SUSANA. ¡No! ¡No! *(Entran hombres armados.)*

UNO. ¡Este es! ¡Aquí le tenéis! ¡Este es! ¡Muera! ¡Muera! ¡Matadle! ¡Arrastradle!

SUSANA. ¡Oh, pobre! ¡Compasión!

UNO. ¿Y esta mujer? ¿Quién es esta mujer?

OTRO. Dejadla. A él sólo. ¡Arrastradle! ¡Matadle!

SUSANA. ¡Martín! ¡Martín!

MARTÍN. ¡Destruid! ¡Incendiad! ¡Destruidlo todo! ¡Soy el dictador!

VOCES. ¡Muera! ¡Muera! ¡Arrastradle! ¡Arrastradle! *(Salen todos, menos Susana.)*

SUSANA. ¡Oh! ¡Qué horror!... ¡Es un sueño, un espantoso sueño! ¡Es la ruina de todo! ¡Ruina por todas partes! ¡El incendio allá lejos! ¡Ah! Mi orgullo de raza. Mi inmenso orgullo, que también vi abrasarse como la vieja ciudad. Allá abajo la negrura del río... Digno sepulcro de un orgullo inmenso y de un inmenso amor.

TELÓN

CATÁLOGO

DE LAS

OBRAS ESTRENADAS Y PUBLICADAS

DE

D. Jacinto Benavente.

El nido ajeno, comedia en tres actos.
Gente conocida, comedia en cuatro actos.
El marido de la Téllez, comedia en un acto.
De alivio, monólogo.
Don Juan, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La Farándula, comedia en dos actos.
La comida de las fieras, comedia en cuatro actos.
Cuento de amor, comedia en tres actos.
Operación quirúrgica, comedia en un acto.
Despedida cruel, comedia en un acto.
La Gata de Angora, comedia en cuatro actos.
Por la herida, drama en un acto.
Modas, sainete en un acto.
Lo cursi, comedia en tres actos.
Sin querer, boceto en un acto.
Sacrificios, drama en tres actos.
La Gobernadora, comedia en tres actos.
Amor de amar, comedia en dos actos.
El primo Román, comedia en tres actos.
Libertad, comedia en tres actos. (Traducción.)
El tren de los maridos, comedia en dos actos.
Alma triunfante, comedia en tres actos.
El automóvil, comedia en dos actos.

La noche del sábado, comedia en cinco cuadros.
Los favoritos, comedia en un acto.
El Hombrecito, comedia en tres actos.
Por qué se ama, comedia en un acto.
Al natural, comedia en dos actos.
La casa de la dicha, comedia en un acto.
El dragón de fuego, drama en tres actos.
Richelieu, drama en cinco actos. (Traducción.)
Mademoiselle de Belle-Isle, ídem id.
La princesa Bebé, comedia en cuatro actos.
«No fumadores», chascarrillo en un acto.
Rosas de otoño, comedia en tres actos.
Buena boda, comedia en tres actos. (Traducción.)
El susto de la Condesa, diálogo.
Cuento inmoral, monólogo.
Manont Lescaut, drama en seis actos.
Los malhechores del bien, comedia en dos actos.
Las cigarras hormigas, juguete cómico en tres actos.
El encanto de una hora, diálogo.
Más fuerte que el amor, drama en cuatro actos.
El amor asusta, comedia en un acto.
Los buhos, comedia en tres actos.
La historia de Otelo, boceto de comedia en un acto.
Los ojos de los muertos, drama en tres actos.
Abuela y nieta, diálogo.
Los intereses creados, comedia de polichinelas en dos actos.
Señora ama, comedia en tres actos.
El marido de su viuda, comedia en un acto.
La fuerza bruta, comedia en un acto y dos cuadros.
Por las nubes, comedia en dos actos.
La escuela de las princesas, comedia en tres actos.
El Príncipe que todo lo aprendió en los libros, comedia en dos actos.
Ganarse la vida, juguete en un acto.
El Nietecito, entremés.
La señorita se aburre, comedia en un acto.
La losa de los sueños, comedia en dos actos.
La Malquerida, drama en tres actos.
El destino manda, drama en dos actos.
El collar de estrellas, comedia en cuatro actos.
La propia estimación, comedia en tres actos.
Campo de armiño, comedia en tres actos.
La túnica amarilla, leyenda china en tres actos. (Traducida.)

La Ciudad alegre y confiada, comedia en tres cuadros y un prólogo. (Segunda parte de *Los intereses creados.)*
De pequeñas causas, boceto de comedia en un acto.
El mal que nos hacen, comedia en tres actos.
De cerca, comedia en un acto.
Los Cachorros, comedia en tres actos.
Mefistófela, comedia-opereta en tres actos.
La Inmaculada de los Dolores, novela escénica en cinco cuadros.
La ley de los hijos, comedia en tres actos.
Por ser con todos leal, ser para todos traidor, drama en tres actos.
La Vestal de Occidente, drama en cuatro actos.
La honra de los hombres, comedia en dos actos.
El Audaz, adaptación escénica en cinco actos.
La Cenicienta, comedia de magia en tres actos y un prólogo.
Una señora, novela escénica en tres actos.

ZARZUELAS

Teatro feminista, un acto, música de Barbero.
Viaje de instrucción, un acto, música de Vives.
La Sobresalienta, un acto, música de Chapí.
La copa encantada, un acto, música de Lleó.
Todos somos unos, un acto, música de Lleó.

Precio: 2 peseta